

PEDRO VOLTES BOU*

Nuevo análisis de los antecedentes de la guerra de 1898

I. UNA REVISION NECESARIA

Por múltiples motivos, el análisis de la contienda de 1898 entre España y los Estados Unidos sigue dando ocasión a la curiosidad analítica, al esfuerzo erudito. Entre las razones de que el tema permanezca abierto, sobresalen dos a mi entender. Es la primera lo insatisfactorio de los postulados de las historias de tipo tradicional difundidas tanto en España como en los Estados Unidos, que, aunque antagónicas y contrapuestas, tienen en común la nota de querer justificar la actitud propia a expensas de la parte contraria. Esta postura, por lo pronto, redundante en enmascarar cuando no ocultar por completo, los auténticos motivos propios, hasta tal extremo que el estudioso de nivel medio se ve en apuros para llegar a aclararlos.

En segundo lugar, es fecundo reparar en que aquella guerra está implicada de modo tan inextricable en el contexto de la política internacional de la época, de las respectivas políticas interiores y de las economías de los dos continentes, que cada uno de los mil acaecimientos de estos ámbitos está relacionado de algún modo en ella. Por consiguiente, basta con conocer mejor uno cualquiera de esos innumerables hechos para adquirir nuevas luces que aplicar al exámen de la guerra, y en ocasiones con resultados relevantes.

Anticipo ya una conclusión personal que —según espero— quedará mejor articulada en el transcurso de las siguientes páginas, pero que no

* Catedrático de la Universidad de Barcelona. De la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, y Correspondiente de la Real de la Historia.

sobra adelantar ya, como demostración honrada de la tesis que propugno y, con ella, mi refutación de las aseveraciones contrarias. El pensamiento central del presente autor consiste en proponer que *el conflicto de 1898 entre los Estados Unidos y España era inevitable para ambas partes, atendidas sus respectivas circunstancias*. Por si la anterior afirmación no es bastante para exculpar a los gobernantes españoles del momento, de las reiteradas acusaciones de inconsciencia, temeridad, quijotismo, desaprensión, ignorancia, etc., etc. de que han sido víctimas sin tregua, especificaré aún más: *Si para alguno de los dos países era inevitable asumir la guerra, era para España, atendidas otra vez sus circunstancias*, Yerra, pues, gravemente Jesús Pabón¹, cuando arremete contra la insensatez de nuestros políticos aún dándola como parcialmente excusable por la presión que los periódicos ejercían sobre ellos. En ambas invectivas, Pabón sigue la trayectoria de los manuales españoles usuales, y repite y robustece una opinión de tertulia de café.

No me apartaré de esta postura el distingo, igualmente habitual y reiterado, que se abre entre unos políticos mal informados y delirantes, y unas fuerzas armadas perfectamente conscientes de que estaban siendo enviadas al desastre, al cual hicieron frente con honor y disciplina. Lo segundo es verdad, pero no necesita apoyarse en que el Gobierno español procedió con ligereza, imprevisión y desaprensión.

Antes de seguir adelante, es obligada una exculpación del autor. Desde la misma época de los hechos, la bibliografía ha tendido a sugerir, incluso por su volumen respectivo, que la guerra que nos ocupa tiene su causa principal, su escenario crucial y sus facetas más características en Cuba. El hecho filipino queda visiblemente pospuesto a los acontecimientos antillanos. El empeño en corregir a solas esta inclinación de la historiografía global sería muy dificultoso y además no está claro que resulte justificado, porque los hechos se encadenan mucho más linealmente en el área cubana que en la filipina.

Poniendo por delante que este autor carece de aportaciones que ofrecer a propósito de la segunda, parece cierto que existen muy pocas analogías entre nuestro estilo de presencia en Cuba y Filipinas y nuestro correspondiente grado de dominio efectivo y penetración política y económica en el país a la altura de 1898; y que las mismas diferencias se ven en las ideas norteamericanas sobre una y otra áreas, antes y después de su conquista, hasta tal extremo que en Filipinas los vencedores hubieron de ponerse a guerrear contra los "huks" y no dieron la independencia al país hasta 1946, sin haber resuelto mejor que nosotros su complejísima diversidad racial, lingüística, social y económica, lindante con lo ingobernable, en el sentido occidental de esta palabra. Este pa-

1. *El 98: acontecimiento internacional* (Madrid, 1952, Escuela Diplomática).

recer coincide bastante con el libro de Emily Hahn "The Islands. America's imperial adventure in the Philippines" (Nueva York, Coward, McCann y Geoghegan, 1981).

Para hilvanar mi resumen de diversos géneros de datos y puntos de vista sobre los antecedentes de la guerra, podemos contemplar una primera familia de hechos que los condicionan, los económicos, y distinguir entre la vertiente española y la vertiente norteamericana de los mismos.

1—Antecedentes económicos **La vertiente española**

La dedicación antillana a unos pocos productos fundamentales convertía al comercio exterior en requisito inexcusable de su subsistencia: los alimentos, los vestidos y la maquinaria tenían que comprarse en el exterior e incluso había que solicitar a éste la mano de obra, durante cierto tiempo esclava, necesaria para movilizar la riqueza de Cuba puesto que la población era muy inferior a la oferta de trabajo. Al propio tiempo, durante la mayor parte del siglo, nuestras posesiones carecieron de mecanismos bancarios, por lo cual tanto el crédito como las inversiones estuvieron en manos de los comerciantes españoles, muchos de los cuales levantaron sobre tal base considerables patrimonios.

Desde época bastante antigua, se dedicaba también al comercio en las islas españolas una colonia norteamericana que ayudaba a conectarlas con la economía de los Estados del Sur de la Unión. Como expresamos en otro pasaje, la intervención final norteamericana en los asuntos cubanos se explica más claramente si se toman en cuenta las operaciones de estos comerciantes y los vínculos de la isla con el Sur de los Estados Unidos. Es también verosímil que si el Norte no hubiera prevalecido de forma tan arrolladora en el metabolismo de los Estados Unidos, la Cuba española hubiera podido convivir más tiempo con las riberas norteamericanas del golfo de Méjico.

El potencial económico de Cuba y Puerto Rico está acreditado por los excedentes de su Hacienda y todavía más concretamente por los subsidios extraordinarios que remitió en varias ocasiones de apuro para la metrópoli. Esta riqueza se percibe también en la posibilidad colonial de absorción de compras a la Península, las cuales se cuadruplicaron dentro solamente de la segunda mitad del siglo XIX, definiendo un espectacular desarrollo de su capacidad económica. Desde comienzos de siglo Cuba era el primer centro azucarero mundial; en 1863 producía 480.000 tns. sobre 1.287.000 correspondientes al total mundial y durante prolongadas épocas fue el principal abastecedor de la Europa occidental y de los Estados Unidos, y esta riqueza fué manejada por la

metrópoli en provecho propio siguiendo criterios miopes y elementales que impidieron su pleno despliegue y la potenciación del resto de las aptitudes económicas cubanas. Algo parecido puede decirse de los restantes productos clásicos antillanos, como el tabaco y el cacao.

Estos artículos tropezaban en la metrópoli con barreras arancelarias graves -a las cuales se añadía el monopolio estatal en el caso del tabaco-, al paso que los géneros españoles estaban protegidos hasta niveles desmedidos por facilidades aduaneras en las Antillas. De esta suerte, incluso dentro del renglón del azúcar, Cuba había de competir con países extranjeros para el abastecimiento de España, mientras ésta podía venderle géneros en condiciones anormales dentro del mercado mundial. Como se comprende, el Gobierno español hubo de escuchar clamores ensordecedores de los grupos metropolitanos de intereses cada vez que surgió el más leve asomo de reforma de este sistema, y no dejó de ser curioso que fueran en ocasiones los proteccionistas más exaltados quienes se indignaban ante la más leve hipótesis de que las Antillas se protegiesen respecto de la metrópoli.

Según estima la obra de Eduardo Coll y Masadas, "Geografía estadística y comercial", publicada en Barcelona en 1884, para poder conocer en su conjunto al comercio de Cuba hay que apelar a la última balanza de 1859. La recogemos en nuestra "Historia de la Economía española en los siglos XIX y XX", (Madrid, 1974).

Según estimaciones del "Cuadro general del comercio exterior de España", publicada anualmente en Madrid, el conjunto de sus compraventas a los Estados Unidos y Cuba representó para España el 16 por ciento de su comercio exterior a la altura de 1860. Dentro de este comercio adelantemos que tenían relieve y volumen especial los envíos de Cataluña. Expresa oportunamente James W. Cortada² que "en todas las ocasiones en que estas exportaciones quedaban afectadas negativamente, se hizo más difícil la vida económica de la España del Nordeste, creando situaciones políticas altamente explosivas. Por consiguiente incluso el estudio de la política catalana requiere comprender mejor la interacción del colonialismo con los acaecimientos domésticos". Veremos sobre este importante extremo más adelante.

El propio Cortada significa que para el Gobierno español importaban todavía más que el comercio las rentas públicas de Cuba, y que la pérdida de tales ingresos hubiera dañado al crédito de España como nación deudora, en Europa. En el mismo orden de cosas, España tenía una Deuda Pública emitida en Cuba que importaba 500 millones de dólares en 1898, y que en las negociaciones de la paz trató sin éxito de endosar a los Estados Unidos.

² Economic issues in Caribbean politics: Rivalry between Spain and the United States in Cuba, 1848-1898, "R.H.A.", jul-dic., 1978.

Esta primera singularidad de la significación de Cuba ayuda a explicarse que en ella fracasase la práctica estadounidense de adquirir territorios. Mediante compra amistosa y libremente convenida, los norteamericanos habían comprado Luisiana, Florida y Alaska; la segunda de ellas, precisamente a España, una España tan distinta como se quiera de la de unos decenios más tarde, pero no hasta el punto de que sin grave motivo nuestro país calificase la idea de venta de una posesión y de la otra de modo tan opuesto. Y el grave motivo, o un gran motivo, era éste: que había muchos y poderosos intereses privados españoles beneficiados por el "statuquo" y sobre todo por el mantenimiento de aquel régimen aduanero que obligaba a nuestras colonias a comprar y vender en España al precio que fijáramos nosotros. Dice Cortada agudamente en el trabajo citado que "dado que se denomina a menudo a la guerra como fracaso de la diplomacia, la guerra entre los Estados Unidos y España de 1898 fue un fracaso de la diplomacia de las compraventas".

No necesitamos dilatarlos -porque este aspecto del tema no necesita revisión- sobre la notoria reiteración de demandas norteamericanas a España para la compra de Cuba. Constan categóricamente cuatro intentos, pero hubo muchos más, en forma menos oficial o concreta, hasta el extremo de que podría concebirse algo así como una petición permanente de compra, desde la primera tentativa, efectuada por el Secretario de Estado, James Buchanan, siendo presidente James Knox Polk, en 1848-49. La repitió siendo él presidente entre 1857 y 1861. Hubo otra oferta en 1889 y la final en 1898.

La identidad de contenido del tema no tiene nada que ver con que tanto los Estados Unidos como España se encontrasen en cada ocasión en situaciones diferentes. En la primera y segunda los primeros acababan de ganar su guerra contra Méjico y necesitaban proteger las comunicaciones marítimas y el comercio de los territorios que le habían arrebatado, para lo cual les convenía disponer de Cuba, pero la operación podía molestar entonces a Inglaterra y Francia; España lo sabía, y se apoyó para rechazar la compraventa en el recelo de éstas contra el avance norteamericano hacia el Caribe. La tentativa de entronizar al Archiduque Maximiliano en Méjico muestra que aquel escenario geográfico no era indiferente para Francia, y España asumió pasajeramente sus fuerzas a las de ésta en tal aventura. Por lo demás, Buchanan planteó la negociación con tal grosería y tosquedad -pidiendo públicamente fondos al Congreso para sobornar a las autoridades españolas, por ejemplo- que no hubo modo humano de tomarla en consideración.

En los años intermedios hasta las dos ofertas finales, cristalizó en los Estados Unidos cierta actitud de precaución contra la adquisición de Cuba, tanto por las reservas de ciertos agricultores norteamericanos

contra los productos de ésta como por el problema sociopolítico que representaría integrar en la Unión un país de economía esclavista, dando mayor peso a los Estados de tal signo que ya estaban dentro de ella. Como se comprende, España se satisfizo de contar con las treguas que tales vacilaciones introducían en la presión estadounidense. Por lo demás nuestro país tenía fundados motivos para sentirse optimista y seguro de sí mismo: había salido airoso tanto de su actuación en Méjico en 1861-62, como de la anexión de Santo Domingo entre 1861 y 1865, como de sus conflictos con Chile y en Perú, y, aunque los Estados Unidos ya tenían en marcha por entonces su instrumental político panamericano, tuvieron que resignarse a aquellas tres empresas españolas, cuyo éxito relativo nos había llenado de arrestos.

2— Antecedentes económicos: La vertiente norteamericana

El interés material norteamericano por Cuba se manifiesta desde época temprana en dos niveles: a) por la vía del comercio y la navegación y b) por la vía de las inversiones en la isla. En una y otra áreas se registrarán pronto enfrentamientos entre las apetencias norteamericanas y el régimen colonial español, fundado, como en un pilar único y sacrosanto, en la plausible noción de que las colonias no tenían otra razón de ser que el provecho exclusivo de la metrópoli. Ya hemos dicho que uno de los instrumentos más eficaces y estrictos para el logro de éste era el sistema aduanero, el cual reservaba Cuba y las demás posesiones para el disfrute de los compradores y vendedores españoles. En este sistema quisieron introducir una cuña los Estados Unidos, por lo menos ya desde mediados de siglo, ofreciendo concertar con España tratados de comercio que comprendiesen Cuba. Digamos de paso que nuestros supuestos valedores -Inglaterra y Francia- se precipitaron a solicitarlos también. España observó durante años una táctica dilatoria y contemporalizadora, flexibilizando su régimen en algún momento justificado, como cuando los cerealistas peninsulares no podían abastecer adecuadamente a la isla y surgían ofertas norteamericanas de harinas.

También en sus evasivas respecto de la negociación de los tratados de comercio, España contó con la ayuda inesperada de significados sectores norteamericanos que miraban con alarma la competencia de las cosechas cubanas en el supuesto de que la economía de la isla se aproximase más a los Estados Unidos.

El estallido de la guerra civil en ese país, en abril de 1861, sirvió para demorar un tiempo las presiones norteamericanas de toda especie. La economía de Cuba era propicia a colaborar con los Estados sudistas, tanto por razones geográficas como sociológicas, como, en suma por el

peso de una tradición comercial y marítima añeja. Es curioso observar que, en cierto sentido, en 1861 se invirtieron los papeles en esta relación mercantil, si se compara con la situación registrada cuando las antiguas colonias españolas del continente rompieron sus relaciones con la metrópoli tras la independencia. Subsiste entonces un importante comercio entre ambas partes merced al montaje de sistemas triangulares que tuvieron por tercer vértice a los puertos norteamericanos del golfo de Méjico y, a veces, la misma Cuba.

Esta función encubridora de un comercio que no podía decir su nombre, fué reciprocada por Cuba cuando España se declaró oficialmente neutral en la guerra civil norteamericana y los nordistas bloquearon los puertos y combatieron la navegación de los del Sur. En tal punto, los comerciantes y los armadores de Cuba se enriquecieron como intermediarios en las operaciones sudistas, o mediante la arriesgada burla del bloqueo nordista. Con este motivo, el periódico "La Iberia" de Madrid, en 23 de mayo de 1861, acuñaba la frase aguda de que Puerto Rico era como la Malta de las Antillas. Anotemos de paso que los políticos de Madrid no serían tan necios como los manuales repiten, cuando determinaron aprovechar la guerra civil norteamericana para robustecer posiciones, anexionándose Santo Domingo, en 1861, donde nos quedamos cuatro años, precisamente hasta el final de aquella contienda.

Sería cándido que presumiéramos que este comercio intenso con los sudistas no irritaba vehementemente a Washington, y consta que apenas un buque sudista tocaba Cuba o Puerto Rico se registraba una protesta del Gobierno de Abraham Lincoln, que el nuestro contestaba evasivamente. Por lo demás, hasta que ganó la guerra el bando nordista se guardó muy mucho de no añadirse enemigos, y cuidó escrupulosamente las relaciones con España. Otra cosa distinta es que, apenas pasado el trance, revelase la antipatía que nos profesaba, tanto por nuestra actitud durante la guerra como por mantener en Cuba una sociedad de base esclavista.

Anticipándose a este giro, algunas figuras españolas y un clarividente grupo político cubano habían ya antes empezado a abogar por la supresión de la esclavitud. Destaquemos entre ellas al capitán general don Domingo Dulce³. Al propio tiempo, se había promovido la pre-industrialización de la isla para remediar que su economía estribase principalmente en una agricultura latifundista. Esta evolución causó alarma en algún sector económico de la metrópoli, empeñado en que ésta siguiera siendo árbitro de las compras y las ventas de la isla. La misma reacción catastrofista provocaron las iniciativas de algunos polí-

3. Cfr. Franklin W. Knight, *Slave society in Cuba during the XIX th century*, Madison, 1970.

ticos, como Maura, y algunos militares españoles, como Martínez Campos, que no se espantaron de la idea de conceder alguna autonomía a Cuba, autonomía más trascendental en lo económico que en lo político. Observemos de paso que la Guerra de Diez Años, suscitada por la gran sublevación cubana contra el Gobierno de Madrid, comienza precisamente en 1868, cuando en la metrópoli se registra la Revolución y se instaura un régimen más progresista que aparentemente había de avenirse mejor con los insurrectos. No podemos agotar aquí este tema, que, por lo demás, cuenta con bibliografía suficiente.

A la industrialización y, en general, al desarrollo cubano contribuyeron vivamente los norteamericanos buscando, como todo inversionista su propio beneficio. Al acabar su guerra civil, se registró en los Estados Unidos en forma apresurada e intensiva el fenómeno de la concentración industrial, con grandes compañías ferroviarias, siderúrgicas, bancos y -lo que toca más a Cuba- un importante trust de refinación del azúcar. Unos años después, aparecieron las primeras inversiones masivas norteamericanas en Cuba.

La evolución económica de Cuba iría favoreciendo, a medida que avanzaba el siglo XIX, un desarrollo cada vez más intenso de las relaciones comerciales entre Cuba y los Estados Unidos, hasta el punto de que Leland H. Jinks ("Our Cuban-colony: A study in Sugar", Nueva York, 1928) ha podido afirmar que el primer gran mercado del naciente capitalismo norteamericano fué precisamente Cuba, lo cual favoreció a la riqueza básica de ésta, a sus propietarios españoles y al Gobierno de Madrid a la postre. Algunos intereses del Este norteamericano irían concentrando inversiones en el área antillana con el fin de obtener azúcar crudo cubano como materia prima. Aunque aspirasen a las condiciones más lucrativas de obtención, es indudable que tales aportaciones desarrollaron las plantaciones cubanas hasta niveles inéditos.

En agosto de 1866 el Gobierno de Madrid accedió a reducir las barreras aduaneras cubanas para favorecer a las mercancías norteamericanas, sin perjuicio de reclamar reciprocidad a los Estados Unidos. Esta medida fue tomada por el General don Leopoldo O'Donnell, jefe de la Unión Liberal, un mes después de hacerse cargo del Gobierno. Conocía perfectamente los problemas cubanos por haber sido Capitán General de La Habana.

A partir de semejante disposición se acentúan y amplían las relaciones comerciales entre la isla y los Estados Unidos, y se multiplica la instalación de empresas norteamericanas en Cuba.

Se menciona como modelo de este tipo de inversiones a Edwin Atkins, que en 1883, obtuvo un ingenio en la zona de Cienfuegos. Este movimiento se extendió a consecuencia de los nuevos aranceles establecidos por el presidente norteamericano McKinley. Las nuevas

tarifas aduaneras tendían a expeler del mercado estadounidense a los azúcares de más calidad, procedentes de Cuba, a los que se aplicaría un derecho arancelario más alto, mientras que se ofrecía la reducción de derechos sobre los azúcares crudos que constituían la materia prima necesitada por la industria refinadora. Los capitalistas norteamericanos comprendieron que podría ser negocio el dedicarse a producir azúcar crudo en Cuba, y, de este modo se multiplicaron las inversiones directas norteamericanas en la industria azucarera de la isla. No puede silenciarse que con ello se relegó a Cuba la función de proveedora de la materia prima privándola de valor añadido alguno, puesto que se aliaron los intereses de la industria refinadora norteamericana con los de los inversionistas norteamericanos en la isla, e igualmente se combinaron éstos con los de los fabricantes de artículos exportados a Cuba. Hacia 1895, se calcula que los norteamericanos habían invertido en la isla unos cincuenta millones de dólares.

Por otra parte, Cuba quedaba sometida a las directrices de la industria norteamericana, de modo que muchos de productores cubanos que no podían suministrar azúcar crudo en la forma que lo demandaba el trust de la refinación, entraron en crisis y fueron eliminados.

El grupo de Atkins creció considerablemente, así como el de la familia Rionda. Ambos llegaron a controlar grandes extensiones de terreno, absorbiendo a otros poseedores de ingenios, de menor fuerza. Junto con las inversiones azucareras, se incrementaron las de todo tipo, las mineras en particular.

Ya en 1883 se constituyó la Juraguá Iron Co., filial del trust de Pensylvania, "Bethlehem Iron Works", la cual en 1889 adquirió los grandes yacimientos de Daiquiri. "La Sigua Iron Co." se constituyó en 1894. En 1889, se había instaurado la "Spanish-American Iron Co.", que más tarde fue adquirida por la Bethlehem. Con estas y otras inversiones americanas se aseguraron excelentes fuentes de suministros de mineral de hierro, que duraron muchos años.

Se explica así que desde los "años sesenta" los Estados Unidos tendieran a considerar a Cuba como una posesión patrimonial, en términos tales que no vacilaron en expresar, en mayo de 1867, que se opondrían a que la isla ni sus rentas fuesen tomadas como garantía, prenda o fundamento de ningún empréstito internacional de España. En el mismo son, manifestaron que no tolerarían la instalación en ella de ninguna otra potencia. Estas declaraciones, además de ser inadecuadas, perjudicaban a las posibles gestiones de España para colocar su Deuda Pública en Europa.

Aun cuando haya expresado antes que existen hondas diferencias entre la faceta cubana y la filipina de esta guerra, sobre todo por lo que toca a los países en cuestión, es forzoso reconocer que, desde un

punto de vista muy global, se dan en las actitudes españolas y norteamericanas respecto de Filipinas ciertos paralelismos con las mantenidas a propósito de Cuba. J.W. Cortada, en "Two nations over time, Spain and the United States, 1776-1977" (Westport-Londres, 1978), recoge impresiones de las "Diplomatic Memoirs" de John W. Foster (Nueva York, 1909), que podemos sintetizar así:

- 1.— los Estados Unidos, a través de Hawaii, se estaban expansionando hacia el Oeste del Pacífico, tanto estratégica como comercialmente.
- 2.— se habían registrado incidentes marítimos con España, creadores de litigios y tensiones.
- 3.— como ocurría con Cuba, la suerte de Filipinas repercutía, tanto para España como para los Estados Unidos, en su prestigio y en sus intereses en toda Sudamérica.
- 4.— La preocupación de España por su presencia moral y económica en ésta había crecido a medida que avanzaba el siglo XIX, merced a la copiosa emigración de personas y también a la inversión de capitales hacia ella, y, con razón o sin ella, el Gobierno de Madrid entendía que el "status quo" de sus colonias de Ultramar era vital para continuar presente en el Nuevo Mundo en general.
- 5.— España logró éxitos relativos en punto a alarmar a las potencias europeas contra el "panamericanismo" que Washington empezó a manipular desde 1889, por lo menos, y se sintió reconfortada porque Gran Bretaña tuvo también algunos conflictos con los Estados Unidos en materia hispanoamericana.

3— Tres hechos marginales que influyen en la actitud española ante la guerra.

a) La cuestión de las Carolinas:

Barcelona tiene todavía una calle, hasta hace poco sosegada y señorial llamada de las Carolinas. No conozco si otras ciudades españolas dieron en su día semejante testimonio del arraigo de este nombre en la conciencia pública.

¿Por qué nos detenemos con tanta curiosidad sobre la cuestión de las Carolinas? Porque entiendo que el episodio, que por lo demás no es trivial, aporta buen número de hipótesis aclaratorias al problema de explicarse la euforia con que acudimos en 1898 a la guerra contra los Estados Unidos. No sabemos que esta conexión entre ambos conflictos haya sido establecida anteriormente. Carecemos por tanto del aval de la bibliografía y no pretendemos movernos en otro terreno que el de las hipótesis.

El asemejamiento abstracto entre una y otra situaciones se justifica por lo pronto por la vecindad histórica: las vivieron las mismas

generaciones de políticos y de gobernados. En segundo lugar, el choque con la Alemania kaiseriana, que a los ojos de los españoles de entonces podía parecer enemigo de mayor cuenta que los Estados Unidos de América nos salió bien, y este resultado favorable debió de pesar sin duda en la conciencia española como para sugerir, por vía tan subconsciente como se quiera, que era remunerador y aconsejable adoptar en semejantes lides actitudes enérgicas como la que habíamos escogido veinte años antes en la guerra del Pacífico.

En tercer término, en el pleito de las Carolinas contamos con unas solidaridades internacionales que el ingenio español de entonces pudo estimar merecidos de suyo por la justicia de la causa que manteníamos, y que en cambio sí venían promovidas por un juego diplomático en el cual entraban mucho más que el amor a España el rencor francés y el recelo británico contra Alemania, actitudes que supusimos cándidamente que se repetirían en los "años noventa" a propósito de las ambiciones de Wahington, y que lógicamente -hoy lo vemos sobradamente claro- no tenían por qué reproducirse.

En suma, a propósito del intento de despojo de las Carolinas se puso en movimiento un mecanismo de agitación patriótica de las muchedumbres, en el cual al cabo de pocas jornadas, era difícil adivinar quién impulsaba a quién: si la Prensa a su público o viceversa, y si el Gobierno a la opinión, o al revés. Cuando se pone en funcionamiento uno de estos procesos, y al cabo de pocos años surge un motivo aparentemente análogo al que lo desencadenó, resulta casi automático que se repitan, y en tal segunda edición se hace muy difícil esclarecer si no ha operado con mayor eficacia la afición a la balla patriótica que el designio razonado de los grupos que poseen el grifo de la misma, de la misma.

Formuladas estas consideraciones, podemos ya pasar al bosquejo de los hechos.

No hará falta detenerse mayormente en recordar que el conflicto estalló el 13 de agosto de 1885 cuando se recibió en Madrid la noticia de que el navío alemán "Iltis" había hincado la bandera de su Imperio para tomar posesión de la isla de Yap, en el archipiélago de las Carolinas. El día 15 se publicaron nuevas informaciones sobre el atropello. En Madrid se había producido una violenta manifestación pública que destruyó el día 23 el escudo de la Legación del Kaiser en la capital. El mismo día 23 la prensa reseñó una reunión celebrada en el Círculo de la Unión Mercantil para tratar del atentado contra nuestras posesiones y "La Vanguardia" insertó un artículo titulado "Españoles sobre todo", al cual pertenecen los siguientes párrafos:

"El gabinete conservador, servilón adocenado del gran canciller, es el llamado a pedir estrechas cuentas del ultraje recibido con

ocasión del inaudito despojo que cobarde, meditada y alevosamente se nos ha hecho por parte de una nación ensoberbecida que hasta hoy se había fingido amiga nuestra.

“Recuerde el señor Cánovas el intento de usurpación frustrada que se propuso Alemania llevar a cabo en contra de nuestras posesiones en Fernando Póo, lo cual no pudo verificar, merced a la iniciativa y energía desplegadas por el Gobierno británico. Y haga entender al déspota Bismarck, que los robos a mano armada, con abuso de confianza, no pueden consentirse por ninguna potencia del mundo civilizado.

“!Medrados estaríamos si toleráramos sin protesta desmembramientos de esa clase, por temor infantil a las bravatas de los hulanos germanos!...

!Ah...! Desdichados conservadores!.

He aquí el pago de sus torpezas, de sus debilidades y de sus humillaciones”.

No pasó jornada sin que “La Vanguardia” insistiese en la glosa del tema y en la del 27 de agosto, bajo el título fogoso de “¡Viva España!”, se desmelenó en la siguiente forma:

“Alemania ha puesto sus inmundas manos en el amante rostro de nuestra querida madre, y Alemania debe pagar cara su osadía. Nada de transacciones. La patria, que es nuestra madre, al sentir en su mejilla el contacto de los dedos del tirano Bismarck, se han contraído sus nervios, se han sublevado sus músculos y se han irritado sus sentimientos.

Y España en masa, al conocer la sangrienta ofensa recibida, ha respondido unánime al llamamiento de guerra que se escucha por todas partes.

O las islas Carolinas vuelven a nuestro poder, o nuestros buques deben recuperarlas sin tregua ni descanso.

Si el Imperio alemán es poderoso, el valor de nuestros bravos marinos suplirá las desventajas que el combate le ofrezca.

El entusiasmo público toma cada día mayores proporciones. Se trata de nuestra honra y las satisfacciones de nuestra honra no tienen espera.

Esta es la voluntad nacional, señor Cánovas del Castillo, voluntad de nervio que no se doblega nunca.

La justicia, la razón y el derecho nos obliga a volver por los fueros de nuestra dignidad ultrajada, suceda después lo que suceda.

España cuenta con muchos Daoiz y Velardes, que mueren por la independencia de la patria, sin que falten tampoco Méndez-Núñez que sepan colocar nuestra bandera a la altura que el deber nacional les exige en momentos de prueba.

Pues bien, una de dos, o Bismarck contesta de una manera categórica y concluyente a las notas que se han formulado, o el embajador de aquel Imperio está de más en Madrid, ante el grito de ¡guerra!,,, que debe escucharse inmediatamente.

¡O las Carolinas... o fuera los alemanes de nuestro territorio!. Manila nos espera impaciente. El mundo nos contempla... y España nos empuja a la lid.

Renace el espíritu público, adormecido tanto tiempo.

Peligra la patria y es menester salvarla en el acto.

... la lucha, pues, y ... ¡Viva España!..”

Escribe Fernández Almagro, en su biografía de Cánovas (pág. 410) las oportunas frases siguientes: “A que Bismark comprendiese que había dado un mal paso en la inoportuna ocupación de Yan contribuyó la repercusión desfavorable del suceso en la opinión internacional, tan explícitamente manifestada que el alegato de Cánovas no pudo por menos de quedar robustecido, además de la fuerza que le infundía la unánime asistencia de la opinión nacional. Los españoles reaccionaron en airados motines, y probablemente mostraron mayor indignación los que menos sabían de las Carolinas y de la Micronesia, del imperio ultramarino en dilatada crisis, de nuestros medios militares y navales... Que así es el patriotismo de elemental y explosivo. Esa fibra no necesita, en verdad, de grandes razonamientos para sentirse herida, y el agravio a España, con culpa o no de los Gobiernos anteriores, era tan patente que justificó los iracundos arranques del hombre de la calle”. Y añade que convenía a nuestro Gobierno acudir a la mesa de negociación con Alemania teniendo a favor “la encrespada conciencia nacional”.

En Barcelona, el 25 de agosto hubo una manifestación callejera de protesta contra Alemania y el Ayuntamiento de Barcelona expresaba al Gobierno “el entusiasmo que alienta a esta ciudad para sostener la dignidad, la honra y la integridad de la patria española”. Esta actitud trascendía a todos los niveles sociales y en el mismo día los agremiados del ramo barcelonés de ebanistería participaban con gran arrogancia que habían resuelto no comerciar con Alemania hasta tanto no se resolviera el incidente. El día 27 de agosto se celebró otra gran manifestación patriótica en Barcelona; los comercios cerraron y las fábricas suspendieron el trabajo. El periódico del mismo día anunció que el

General Salamano había devuelto una condecoración alemana con que contaba. El consulado alemán estaba custodiado por la Guardia Civil, y los súbditos del país empezaron a pensar en marcharse de España.

Los casinos, entidades, cafés, sociedades, gremios y corporaciones rivalizaron en organizar actos y festejos alusivos. Y unos avispados autores teatrales, cada uno por su lado, estrenaron en los teatros Novedades y Romea de Barcelona, unas comedias tituladas ambas "Las Carolinas" que obtuvieron atronador éxito (22-10-1885 y 31-3-1886). El 4 de octubre se formó en Barcelona una Junta Patriótica para protestar de la agresión alemana y el gobernador, que adivinó que en ella se agitarían también tesis contrarias a los conservadores, la prohibió. Contra la prohibición presentó recurso contencioso el senador del Reino D. José Maluquer.

Sabido es que la diferencia hispano-alemana, que dentro de este guirigay es acaso lo que menos importa considerar, fue resuelta por laudo del Papa León XIII, favorable a la posición española. Fernández Almagro comenta agudamente: "Satisfizo a Bismark la correcta salida que León XIII le facilitara, pues ¿cuál otra podía hallar en tan arriesgado asunto, vista la entereza de España?... Lo confesó el mismo Bismarck, pasado el tiempo -en agosto de 1896-, a un redactor de "La Tribuna" de Roma: "¿Qué hacer...? ¿Bombardear las fortalezas marítimas españolas...? Muchos me impulsaron a hacerlo, pero yo pensaba que sería preciso gastar quizás unos cien millones en nuevos odios y nuevas discordias. Mucho más contento sin duda, quedó Cánovas por el éxito logrado en una colisión de intereses harto peligrosa".

Este esquema de actitudes españolas ¿no prefigura y condiciona las adoptadas, sobre bases reales harto diferentes, cuando comenzó a declinar nuestro sol en Cuba?⁴

4. Entre la bibliografía referente al problema de las Carolinas, pueden citarse las siguientes obras:

CASA VALENCIANA, Conde de - "Mediación del Papa León XIII entre España y Alemania sobre las islas Carolinas y Palaos, Informe" *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* 6 (1889), 287-303

COELLO y QUESADA, Francisco - "La conferencia de Berlín y la cuestión de las Carolinas", Madrid, 1885.

"El Conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia", Madrid, 1886.

COSTA, Joaquín - "Alemania contra España., Una lección a Bismarck. España duerme pero no está muerta". Madrid, 1915.

EYCK, Erich - "Bismarck, Wilhelm I und die spanische Thronkandidatur" *Deutsche Rundschau* 84 No 8 (1958), 723-734.

GOMEZ, Juan Gualberto - "Las Islas Carolinas y las Marianas", Madrid, 1885.

GRACIA y PAREJO, Rafael - de "Consideraciones acerca del derecho de España sobre las islas Carolinas" Madrid, 1885.

MAS y OTZET, Francisco de - "La cuestión palpitante. Estudio histórico-político sobre el conflicto hispano-alemán" La Habana, 1885.

.../...

b) *La tangencia del problema cubano con el nacimiento del catalanismo*

En este segundo repertorio de hipótesis seré más breve que en el anterior, porque el material histórico de base es más notorio. Además está segunda aproximación al entendimiento del problema es tan propicia a la implicación de otros datos y criterios que conviene ceñir mucho las ideas para no extenderse en demasía.

La sugestión que ofrezco es la siguiente. En primer término, huelga comentar que España considera que Cuba y Filipinas forman parte de su territorio y soberanía como Toledo o Gerona, y que sus Gobiernos -sean cuales fueren sus diferencias en otros niveles- se sienten tan llamados a ejercer sus poderes en las islas como en cualquier otro punto del país.

En segundo lugar, procede recordar que en los años que contemplamos la total autoridad del Gobierno de Madrid es objeto de contestación en tres áreas de su ámbito: Filipinas, Cuba y Cataluña. Las razones de las objeciones son tan diferentes como esas tierras entre sí y no menos difieren los grados de intensidad y extensión de tales actitudes, pero lo cierto es que entre ellas se dan relaciones de simetría y de simultaneidad. No presto atención alguna por hoy a los intentos de acercar, combinar y hermanar estos movimientos autonomistas o independentistas que se registraron, y que no tuvieron resultado práctico relevante.

Pero lo que sí es necesario retener y entender es que cualquier gobernante español del último ventenio del XIX tenía que llevar hincada en el subconsciente la convicción de que si atendía en el acto y de lleno las demandas de uno cualquiera de aquellos tres movimientos carecería de autoridad moral -y no digamos de capacidad de negociación...

PALACIO ATARD, Vicente - "La cuestión de las islas Carolinas, un conflicto entre España y Alemania bismarkiana" *Historia* 8 (1969), 427-441.

PEREIRA-CALDES - "Ilhas Carolinas. Conflicto Hispano-Allemão arbitrativamente solvido em Roma a 17 de Dezembro, 1885 pelo Papa Leão XIII em mediação diplomática entre os contendentes escolhida" Porto, 1886.

REEMSTEN, Reemt - "Spanisch-deutsche Beziehungen zur Zeit des ersten Dreibundvertrages, 1882-1887" Berlín, 1938.

ROMERO y GIRON, Vicente - "La cuestión de las Carolinas ante el derecho internacional" Madrid, 1885.

RECOPILACION DEL MINISTERIO DE ESTADO - "Documentos parlamentarios preparados; para ser presentados a las Cortes en la legislatura de 1885" Madrid, 1886.

TAVIEL DE ANDRADE, Enrique - "Historia del conflicto de las Carolinas, prueba del derecho de soberanía que sobre ellas posee España y demostración de la trascendencia que tiene la mediación del Papa", Madrid, 1886.

VOLTES BOU, Pedro - "La política de fin de Siglo en la Prensa barcelonesa de la época" Barcelona, Instituto Municipal de História, 1972.

VOLTES BOU, Pedro - "Documentos de tema español existentes en el Archivo del Estado de Bremen", *Cuadernos de História Económica de Cataluña*, 5 (1971) 81-93.

WALLER, Bruce - "Bismarck at the Crossroads: The reorientation of German-foreign policy after the Congress of Berlin" 1878-1880, Londres, 1974.

ción- para negar satisfacción a los otros dos. Si esta idea ya es estimable en frío, júzguese del impacto que causaría en unos Gobiernos que además de meditar este “problema de los tres cuerpos” (que, como se sabe, no peca de fácil en matemáticas), tenía que prestar atención a la vez a Marruecos, a los vestigios de carlismo y de republicanismo subsistentes, a diversos conflictos sociales, a espasmos de terrorismo, y a otras varias amenazas, capaces cada una por sí sola de poner en peligro al régimen, si no al país mismo.

Por lo que toca a Cataluña, el problema es aun más complicado, porque más o menos los mismos grupos que reclaman la autonomía para sí, se exasperan de que se estudie concedérsela a Cuba⁵.

Un significativo pasaje de las “Memorias” de Amadeo Hurtado describe una reunión secreta que tuvieron en un centro republicano, con el diputado Sol y Ortega de la misma filiación, unos representantes muy calificados de las entidades económicas barcelonesas, alguno de ellos harto conectado con la Monarquía. ¿Cuál fué el motivo? Protestar con indignación de que el Ministro Moret pensara conceder a Cuba una autonomía económica que perjudicaba a numerosos intereses. Sol y Ortega, habilidoso, según aquel relato, no dió la razón a Moret del todo, ni se la quitó enteramente a sus importantes contertulios.

c) *Intereses de partido y de grupo*

Miguel de los Santos Oliver, en “La Vanguardia”, escribiendo sobre “La literatura del desastre”, en 26 de octubre de 1907, nos empieza a poner en la senda de una repartición más justa de responsabilidades, al decir:

“Vimos entonces a los gobernantes exculpándose con la presión irresistible de la corriente popular; al pueblo protestando de la sugestión optimista en que le tuvo la prensa; a los periodistas excusándose en la imposibilidad de afrontar y resistir el movimiento de opinión por ellos mismos alimentado y producido; a todos revolviéndose contra todos como si se sintieran simultáneamente víctimas de un recíproco engaño”.

Engaño, dice. ¿Por qué el historiador de hoy no perfora la pared de este engaño y sigue reproduciendo ochenta años después el mismo coro de recriminaciones mútuas que se suscitó entonces?. Esforcé-

5. Cfr. M. FERNANDEZ ALMAGRO, “Catalanismo y República española, Madrid, 1932; J.M. GARCIA ESCUDERO, “De Cánovas a la República”, Madrid, 1951; E. AUNOS, “Discurso de la vida”, Madrid, 1951; N. DE CARRERAS, “El sentido religioso de Francisco Cambó”, art. en “Criterio”, 15 febrero 1948; A. ROVIRA VIRGILI, “Resum d'Historia del catalanisme”, Barcelona, 1936; V. ALMIRALL, “El catalanisme” J. PABON, “Cambó”, Barcelona, 1954; O. SALTOR, “Don Luis Durán y Ventosa”, en “Revista Jurídica de Cataluña”, 72-1955, pág. 48-50. etc.

monos en salir de este círculo cerrado, singularísimo diálogo de sordos, que condena a los libros del año 1982 a repetir los mismos tópicos del año 1898. Y que hay vías por explorar, por tenebrosas y confusas que sean, ya lo expresó "La Vanguardia" de 1 de enero de 1899. Ponga atención el lector en estas frases de la reseña del año político, por el entonces director, don Modesto Sánchez Ortiz, referidas al desastre:

"!Cuántas fuerzas misteriosas arrancando de los senos de nuestro temperamento nacional y confluyendo en una dirección para hacer fatal el accidente! Un Gobierno y un Régimen ha presidido a la pérdida de nuestras colonias, pero !Cuántas fuerzas sociales empujando a la caída, cuántas pasiones y cuántos intereses creados, pervertido el instinto de salvación colectiva, conspirando en la misma obra de perdición!... Pero ¿a dónde, a qué fuerza impulsora o directiva volver los ojos que esté limpia de responsabilidad inmediata o lejana?. El sentido histórico de la raza, formado por cien generaciones, declara intangible en Cuba el régimen político; la industria y los intereses creados que llevan sus raíces a las últimas capas sociales, declaran intangible el régimen arancelario; el estado de conciencia de la metrópoli declara intangible el régimen de Filipinas, más teocrático que civil, insustituible en los siglos que pasaron, pero a la hora presente contrario en lo que tenía de petrificado; la inmoralidad entronizada en la administración colonial recibe su aliento de los partidos que se extienden a la ciudad y a la aldea, y a la vez que tiene su cabeza ungida por el Estado o sus representantes, extiende su cuerpo por los más importantes organismos sociales que con el Estado se relacionan... Los partidos, con los cuales viven enlazados los grandes intereses sociales, prefieren la guerra a la evolución, y lo proclaman así sin que protesten eficazmente en forma colectiva y perseverante la industria y el comercio, el libro y la cátedra, la tribuna y el periódico. Antes al contrario, cuando no enmudecen, hablan para alentar al gobernante que cree haber encontrado con su fórmula del último hombre y de la última peseta la expresión del sentimiento nacional".

El historiador debe sentirse incitado al análisis de las razones que llevaron al Gobierno español a conducirse en la forma en que lo hizo, Pabon, en su "Vida de Cambó" contempla el tema y hace notar que Woodford, ministro norteamericano en Madrid, opinaba que los dirigentes españoles fueron a la guerra empujados por la creencia de que el evitarla, cediendo en el pleito cubano, acarrearía una revolución interior ("The American Spanish War", Norwich, 1899). La explicación de Sagasta fue otra: "Estábamos ante un terrible dilema: o la guerra con todas sus consecuencias o el deshonor...". "Explicaciones, a mi ver, insuficientes -prosigue Pabón-, para la decisión bélica y para la decepción de la derrota, que no se entiende sin la previa y general creencia

en la victoria. ¿Cómo pudo darse esa pública ceguera? Era tan difícil de estimar la desigualdad de las fuerzas que iban a combatir?”.

Pabón atribuye enorme culpabilidad (se diría casi que la principal) a la actitud de la Prensa española del momento diciendo: “¿Cómo, para qué y por obra de qué, esa convicción patriótica se aprovechó para la antipatriótica y colosal mentira que llevó a España al desastre? Pi y Margall no anduvo remiso en la acusación: “Una prensa infame... para conseguir sus ignorados fines...”. El duque de Maura, como historiador de la Regencia, nos habla de “La insensatez de la Prensa periódica, que en su casi totalidad azuzaba a sus lectores a pedir en manifestaciones callejeras el empleo de las armas contra la procaz inverecundia interamericana a quien suponía insignificante y casi impotente” “(Historia crítica... de la Regencia... de Doña María Cristina”, Barcelona, 1919).

Todo esto suena bastante a tomar los efectos por causas. Pensemos que en el otro lado de la trinchera, los periódicos de William Randolph Hearst y de Joseph Pulitzer representaban la misma función, se enriquecían cultivando el sensacionalismo -mucho más y mejor que sus colegas españoles- y excitaban a las masas a ir a la guerra contra España de modo más estridente e intenso que lo estilaban los nuestros. Ahora bien, nadie deduciría que el Congreso y el Presidente de los Estados Unidos adoptaron esta decisión contra su voluntad e interés, sólo por pura coacción de la prensa. Hemos de meditar sobre que el aceptar el ultimátum de McKinley representaba ya para España una confesión de derrota, con peligro de hundimiento de toda su estructura política que el acudir, con todo pesimismo, a las armas ofrecía comparativamente un leve resquicio de esperanza para ésta. Otra cosa eran los intereses nacionales eternos y de fondo aludiendo a ellos, en el suplemento del Año Nuevo de 1899, el director, Sánchez Ortiz, escribiría en “La Vanguardia”: “La comedia de los partidos, convertida en drama por las guerras coloniales, ha terminado en tragedia. Tan a lo vivo se ha representado que del teatro nacional no ha quedado nada indemne; los comediantes destrozados, el público herido, el escenario mismo, amenazado de inminente ruina”.

Volvamos unos años atrás para considerar el desarrollo de los hechos desde su origen más próximo.

II. EL ULTIMO GOBIERNO DE CANOVAS DEL CASTILLO⁶

Comenzó Cánovas su última etapa en el poder el 23 de marzo de 1895 presidiendo un Gobierno que fué estimado grisáceo y en el cual no se percibieron otras novedades dignas de nota que la incorporación de Romero Robledo y la hostilidad de Silvela, apartado de su jefe. Escribe Fernández Almagro (ob. cit. pág. 529): "En lo puramente afectivo, Cánovas no tuvo mucho que sentir, salvo ráfagas de mal humor, con la disidencia de Silvela. Este antiguo lugarteniente suyo, ¿había sido alguna vez su amigo de veras? Cánovas y Silvela quizá no congeniasen nunca del todo; cada día se miraban con mayor desconfianza, y cuando se pudre la raíz de la amistad es mejor arrancarla de una vez".

El proceso de liquidación de las últimas colonias es muy breve: se desarrolla entre 1895 y 1900. El movimiento estalla simultáneamente en Cuba y Filipinas. En aquella isla, pacificada después de la guerra de diez años (1868-78), surge la figura de José Martí, que junto con el cabecilla militar Maceo, organizan una rebelión que se centra en el Este de Cuba y que pretende apoyarse en los campesinos, toda vez que los núcleos industriales más españolizados del Oeste son refractarios a la independencia. El general Martínez Campos, que vió claro que el problema era de nivel político, se esforzó precisamente en acantonar la insurrección partiendo la isla por un cordón militar que impidiera la comunicación de los rebeldes de Oriente con las zonas industriales (la "trocha").

El problema Cubano, dentro de la fase en que lo vivió Cánovas, está muy bien resumido por "La Vanguardia", en su número de 1^o de enero de 1896 que abarca el contenido político del año anterior. El punto central de la cuestión estribaba en si prosperaría o no la política de ganar voluntades y paliar problemas seguida en Cuba por el

6. Abundan los estudios sobre la Restauración y su protagonista, como los de CHARLES BENOIST, "Cánovas del Castillo", París, 1920; MARQUES DE LEMA, "Cánovas o el hombre de Estado", Madrid, 1931; Leonor MELENDEZ, "Canovas y la política exterior de España", Madrid, 1944; M. FERNANDEZ ALMAGRO, "Cánovas. Su vida y su política", Madrid, 1951; A. C. CREUX, "A. Cánovas del Castillo. Sa carrière, ses oeuvres, sa fin", París, 1897; MARQUES DE LEMA, "De la Revolución a la Restauración", Madrid, 1927; A. FABIE, "Cánovas", Madrid 1929; CH. BENOIST, "Cánovas del Castillo", París, 1929; CONDE DE ROMANONES, "Sagasta", Madrid 1930; y los pasajes correspondientes de las obras generales de PIO ZABALA, "Historia de los Borbones", Barcelona, 1945; C. CARDELL, "La Casa de Borbón en España", Madrid, 1954; CONDE DE ROMANONES, "Doña María Cristina de Habsburgo Lorena," Madrid, 1944; G. MAURA CAMAZO, "Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su minoridad bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria", Barcelona, 1919-1925, 2 vols.; P. ZABALA y LERA, "Historia de España, Edad Contemporánea (1808-1923)", t.II, Madrid, 1930. En la bibliografía final citamos otros estudios.

Capitán General, Martínez Campos. El periódico barcelonés se mostró totalmente favorable a esta tesis en la forma siguiente:

“Un tercer error ha estado a punto de caracterizar la conducta del señor Cánovas. Nos referimos a sus amagos de divorcio del General Martínez Campos, cuyas relaciones con el Gobierno, y cuyos actos de general en jefe han llenado también el año político. Fue el ilustre caudillo a Cuba, en sentir de la masa nacional a resolver un problema exclusiva y genuinamente militar: el de vencer la insurrección y pacificar la isla por medio de la guerra; pero llegado allí, después de estudios y observaciones directas dió al Gobierno su testimonio leal de que el problema era político antes o a la vez que militar, y que la acción de la metrópoli había que responder a esa doble naturaleza. ¡Cuánto bien habría hecho el Gobierno si desde el primer momento hubiera trasladado con fidelidad por medio de sus órganos ese testimonio y esa convicción, para combatirla o apoyarla de frente, pero encauzando el sentimiento y el juicio público, extraviado a veces por la pasión y por la malicia, a veces también por las ambigüedades y recelos que se pusieron de manifiesto en las relaciones del Gobierno con el jefe del ejército en campaña!.

Durante muchos meses ha estado en tela de juicio el prestigio del general Martínez Campos. Del lado del Gobierno soplaban vientos que encendían la hoguera de la censura pública. Dejándose creer que la clave del problema estaba en la gran acción militar, nunca librada, a cargo del general en jefe iba la tardanza, sin descontarle los rigores del clima, las inclemencias del suelo, la naturaleza de aquella guerra”.

Pocas semanas después de haberse escrito estas líneas, fue aceptada la dimisión de Martínez Campos y se hizo cargo del mando de Cuba el famoso general mallorquín don Valerio Weyler, enviado allá con el mismo talante con que Felipe II remitió a Flandes al Duque de Alba. Y con el mismo resultado, trascendente en ambos casos al folklore del país respectivo, que todavía usa su nombre como paradigma de lo terrorífico; y por lo demás, con no demasiada razón objetiva, si se ponderan todas las circunstancias y se compara su conducta con otras vivencias posteriores que la dejan pálida.

Doscientos mil hombres con él a Cuba y 4.500 a Puerto Rico. A Filipinas se enviaron 25.000.

También en su resumen del año 1896 escribía Roca y Roca: en “La Vanguardia”:

“La guerra nos ha proporcionado con harta frecuencia el pintoresco y conmovedor espectáculo de los embarques de tropas que

se han repetido durante todo el año sin el menor contratiempo. Del puerto de Barcelona partieron los dos caudillos que asumen hoy la dirección suprema de la guerra, en Cuba y Filipinas respectivamente. Weyler se embarcó a últimos de enero, y Polavieja cuando el año declinaba, llevándose uno y otro las esperanzas del pueblo barcelonés, manifestadas con respecto al primero por medio de una manifestación pública ruidosa y entusiasta y por modo más sobrio, pero no menos indubitable con respecto al último... Mayor elocuencia y eficacia que estas demostraciones callejeras tuvo la participación considerable que Barcelona tomó en la suscripción del empréstito nacional, y por último han venido a atestiguar el interés que siente nuestra ciudad por los valientes defensores de la integridad de la patria, los esfuerzos que se han hecho y siguen haciéndose para recibir, auxiliar y atender debidamente a los heridos y enfermos que la adversa suerte confía a la piedad de las almas generosas”.

En el mismo número, Modesto Sánchez Ortiz, al describir “El año político”, amplificaría este clamor patriótico, exclamando con patetismo:

“No hay en la historia del año político más que dos hechos dignos de aplausos incondicionales, y los dos corresponden a la nación. Primero, por la abnegación con que ha nutrido las filas del ejército; segundo, por la generosidad con que cubrió el empréstito para sostenerle. La España que da su sangre y su dinero sin tasa ni medida cuando se le invoca el interés y el decoro de la patria, es la España que todos soñamos y amamos, es la España que afirma con los hechos su deseo de vivir, para el trabajo en la paz, para su honra y para su derecho, en la guerra”.

Por lo demás, la creciente presión que iban ejerciendo sobre Cuba los Estados Unidos, quitaba relevancia a que en ella mandara tal o cual representante del Gobierno de Madrid. La ingerencia norteamericana fue denunciada repetidamente por “La Vanguardia”, la cual, con poca o mucha razón reprochó al Gobierno que no supiera maniobrar mejor frente al colosal factor nuevo que esta intervención entrañaba. De este modo decía el 1^o de enero de 1897:

“Los Estados Unidos han fomentado la guerra con hombres y dinero, con reclamaciones inoportunas y con debates ofensivos al derecho y al decoro de España. No hay en la nación, ni fuera de ella, testimonio honrado que no reconozca estos hechos, y cuando la indignación hierve en los pechos españoles el Gobierno declara a la faz del mundo que el gobierno norteamericano guarda la corrección y la neutralidad que la amistad impone. ¿Qué autoridad puede nacer de semejante falseamiento de la verdad?. Si la cues-

ción cubana es un problema exclusivo de la política interior de España, que tenemos el derecho de resolver nosotros sólo, la Unión Americana como Estado y como Nación, han agredido gravemente ese derecho, y sin pecar de jactanciosos ni de quijotes, después de hacer constar la agresión ante las naciones civilizadas, el Gobierno debió notificar breve y dignamente a los Estados Unidos que estaba dispuesto a rechazar la agresión en la forma necesaria. Si por el contrario la cuestión cubana tiene en su naturaleza aspectos internacionales, creados por el comercio universal, por la vecindad, o por la solidaridad de continente. ¿Cómo ha podido el Gobierno excluir en ningún momento de su conducta directiva la acción política y la diplomática?. ¿No nace de esa oscuridad de conceptos, de esa confusión en el punto de partida la confusión de la opinión nacional, los extravíos que esa opinión haya podido sufrir y aun los peligros a que en las relaciones internacionales haya estado expuesta la paz pública?”.

No cabe ahora sino reseñar el eco que tuvo en los periódicos el asesinato de Cánovas del Castillo.

“La Vanguardia” dedicó a éste, un largo artículo el día 10 de agosto de 1897, con encomios hasta entonces no usados por sus adversarios políticos.

En 1 de enero de 1898, al resumir en “La Vanguardia” “El año político en España” recién terminado, escribía Sánchez Ortiz: “La trágica muerte del señor Cánovas nos obliga doblemente al mayor comedimiento en recuerdos de los cuales es difícil deducir otra cosa que censurar... Aquel gobierno y aquella política interior y exterior que mientras llevaba a la nación materialmente a la ruina, producía en el espíritu nacional una tensión cerca a la violencia revolucionaria, tanto más posible cuanto más se cerrara el horizonte... El espíritu nacional angustiado se revolvía contra el Gobierno que no encontraba fórmula de sacar mayor respeto a nuestros derechos por parte del Gobierno norteamericano”.

Y tras estos reproches, el articulista dejaría volar el entusiasmo de partido en términos que los acontecimientos habrían de ensombrecer al cabo de pocos meses: “Con la subida de los liberales al poder, surge el acontecimiento más trascendental del año, pudiera decirse más trascendental de toda la historia política contemporánea: la autonomía política y económica de las Antillas... El partido liberal monárquico cumple su naturaleza y su misión progresista abriendo a nombre de la patria y de las instituciones la inteligencia y el corazón a doctrinas que están a discusión en todo el mundo civilizado, para ser encarnadas en las fórmulas que favorezcan más la grandeza material y moral de la

patria común". Sabido es que estas reformas de signo autonomista fueron rechazadas a esas alturas por los cubanos.

El presidente norteamericano McKinley inició, tras una época de buenas relaciones patrocinadas por su antecesor Cleveland, una campaña de ingerencias que comienzan con la nota de 1897 sobre los procedimientos utilizados por Weyler para la pacificación de Cuba, entre los cuales se contaba la política llamada de "reconcentración" de los presuntos rebeldes en recintos acotados, y una tónica de rigor que en ocasiones perjudicó a súbditos e intereses norteamericanos y de países europeos. Tanto las inversiones norteamericanas en la isla (50 millones de dólares en 1895) como su comercio con ella sufrían grave perjuicio por la represión. La notoria ayuda norteamericana a los insurrectos producía la consiguiente cólera en Madrid y privaba de legitimización a las quejas y protestas de Washington.

III. CAMINO DE LA GUERRA

McKinley ordenó a su representante en Madrid, Woodford, que presionase a nuestro Gobierno para que llegase a un acuerdo con los rebeldes con miras a lograr la paz, y con ella la salvaguarda de los patrimonios norteamericanos.

Aun así, dentro del cerradísimo horizonte del verano de 1897, ¿cómo no mirar con esperanza un nuevo experimento en la dirección de la política española?. Tras un intermedio de dos meses, entre el ocho de agosto y el dos de octubre de 1897, durante los cuales presidió el gobierno el General Azcárraga, volvió al poder Sagasta y una de sus primeras medidas fue relevar del mando de Cuba a Weyler y sustituirle por el General Blanco, quien tomó posesión de su mando en la Habana el 1 de enero de 1898. El Gobierno de Madrid trataba de ganar conciliadoramente unos meses para, por un lado, aglutinar una masa de cubanos pacifistas con los que poder instrumentar alguna solución autonómica, y, por otra parte, obtener apoyo en las cancillerías europeas. McKinley nos quiso cerrar ambos caminos y precipitar los acontecimientos, presionado como estaba a su vez por los intereses económicos afectados y la voz de éstos en el Congreso, adonde llegaban también las vibraciones de un electorado alborotado por la "prensa amarilla".

No detallaremos los dos incidentes harto conocidos que nos pusieron en el umbral de la guerra: la publicación en el "New York Journal" en 9 de febrero de 1898, de una carta privada del Embajador español en Washington, Dupuy de Lame, que hablaba despectivamente del

Presidente, y el 15 de febrero, la célebre voladura del "Maine"⁷.

A mediados de marzo, McKinley pidió a España que cerrase los recintos de reconcentración, concediese autonomía a Cuba y concertase un armisticio con los rebeldes. Se accedió a lo primero, se intentó lo segundo (pese a los clamores de los españoles partidarios de actitudes enérgicas) en vano, porque los rebeldes sólo aceptaban la independencia, y Sagasta autorizó en 9 de abril a la Capitanía General a entrar en la negociación de un armisticio, si creía que tal cosa conduciría eficazmente a la paz.

No esquematizaremos los periódicos de la época para recordar las fechas, grávidas de trascendencia histórica, que van a seguir: el lector interesado puede valerse principalmente del calendario de acontecimientos establecidos por el Almanaque del "Diario de Barcelona".

En el suplemento de "La Vanguardia" de Año Nuevo de 1899, se abriría la primera página con un dramático dibujo de J. Pellicer Montseny, intitulado "La figura más importante del año". Representaba a un soldado roto, fatigado, con la barba crecida y las facciones demacradas. Y J. Roca y Roca al reseñar "El año 1898 en Barcelona", al pie de esta misma figura, diría:

"Breve fue el período de las esperanzas patrióticas, exteriorizadas por ciertas manifestaciones populares jaleadas con las notas zaragateras de la Marcha de "Cádiz", pues una vez rotas las hostilidades, las pizarras de los periódicos expuestas al público con carácter permanente, registraron pronto gran número de reveses que dieron al traste con las fantasías de un engañoso deseo. No hay nada más terrible que las arremetidas de una realidad adversa".

Fernández Almagro observa, en el 98 "al enardecido español jaleado por la Prensa y no instruido por el Gobierno". No nos duelen prendas en reconocer la grandiosa responsabilidad de los periódicos españoles de aquel tiempo. ¿Cómo la esquivaríamos si en 1 de enero de 1897, antes del desastre, ya firmaba Miguel de los Santos Oliver en "La Vanguardia" un artículo donde decía: "La Prensa española, lo decimos con el respeto y con el amor que nos inspira nuestra madre, pero convencidos, no ha estado en medio de tantos azares como ha producido el problema cubano, a la altura que podía esperarse de su cien veces probada inteligencia y cultura".

Ya hemos insinuado antes que mayor responsabilidad hay que atribuir a quienes movían a la Prensa: empresarios, grupos de presión, caciques, partidos políticos, intereses en Cuba acaso ni siquiera espa-

7. El célebre almirante norteamericano Hyman G. Rickover, padre de los submarinos nucleares, fue autor del mejor entre los muchos libros publicados luego en los EE.UU. acerca del carácter interno y fortuito de la explosión del "Maine". Se titula *How the battleship "Maine" was destroyed*. (Washington, 1976)

ñoles; y tantas más fuerzas ocultas de difícil identificación, pero de más seria aceptación, que la socorrida tesis de la estupidez del gobernante.

IV. HACIA EL REGENERACIONISMO

No es propio de un trabajo como éste el profundizar más en el análisis de la reacción ante el desastre. Son tan variadas y numerosas las noticias publicadas en la Prensa de finales del año 1898 que señalan reajustes de posiciones políticas y virajes hacia un intento de renovación, que no cabe resumirlas rápidamente.

Señala una primera toma de posición -la de la resignación compaginada con una actitud crítica que irá prevaleciendo luego sobre la pasividad del abatimiento- un notable artículo publicado en "La Vanguardia" en 1 de enero de 1899 por "Juan Buscón" (Ezequiel Boixet), y que disputamos de sabrosísimo retablo de actitudes ante el desastre.

Finge el escritor, en el umbral del año 1899, que se encuentra ante una especie de tenderete donde un anciano está instalado, dispuesto a adivinar el contenido que tendrá el año entrante para quienes quieran consultarle. Dejemos ya la palabra a "Juan Buscón":

"¡Y que no tenía poco trabajo el vejete para satisfacer la curiosidad de tanta gente incauta como desfilaba ante sus narices, interrogándole acerca de lo que debía suceder en el transcurso de los doce meses del año 1899!... Hombres y mujeres, jóvenes robustos, elegantes hembras, mendigos harapientos, llegábanse unos tras otros junto a la abertura, y con rostro inquieto y palabra vacilante, como de seres que picados por el temor y por la esperanza ansían a un tiempo saber lo bueno e ignorar lo malo, formulaban sus preguntas, retirándose, éstos con el rostro radiante -y eran los menos-, aquéllos con faz descompuesta -y eran los más-.

Llamáronme la atención muchos de los postulantes y fijéme, entre otros, en un caballero de aspecto muy vistoso vestido de negro, cuya fisonomía creí conocer y ¡cosa extraña! llevaba colgando del cinto una así como daga florentina.

— ¡Podría decirme, buen anciano -preguntó esforzándose por disimular la preocupación que le salía por los ojos- podría usted decirme si durante éste año que se avecina, subiré a ese poder por mi tan ambicionado?.

— ¡Quien sabe! -repuso el viejo con agradabilísima sonrisa- Facilísimo es que se colmen sus deseos y que le concedan la sucesión

de ese pobre don Práxedes... Casi, me arriesgo a anticiparle a usted mi más cordial enhorabuena.

—¿Con que le parece a usted que en caso lo haré muy bien?.

—¡Ah eso no!; desde ahora le aseguro que lo hará usted muy mal, como todos -replicó el viejo, tornándose bruscamente de zalamero en agresivo-.

Fuése un sí es no es mohino el hombre de la daga, y tras él llegose un general que se descolgó con esta pregunta:

— Desearía saber si entre mi sable y yo podremos hacer algo de provecho en éste año que se nos viene encima.

—De provecho, no, señor; pero eso no quiere decir que el sable de usted y usted mismo no hagan algo, aunque sería mejor que no hicieran nada.

*Fuése el guerrero entre desazonado y esperanzado y reemplazole un señor vestido de almirante.

—Me hace usted el favor de decir si compraremos barcos éste año de 1899 y si haremos de ellos buen uso?.

—¿Y para qué quiere usted los barcos, criatura?... interrogó a su vez el viejo, echándose a llorar.

— ¡Qué sé yo! -exclamó el almirante retirándose caviloso.

Y asomó una viejecita enlutada, que con acento alterado se expresó de este suerte:

Mire usted, caballero; tenía yo tres hijos como tres soles: al primero me lo mataron en la manigua de Cuba; al segundo en el bombardeo de San Juan de Puerto Rico; al tercero lo echaron al mar hace pocos días, cuando regresaba de Filipinas, agonizante. Me queda otro hijo, el último, y no quisiera que me lo quitaran. Como he oído decir que no le queda a España colonia alguna que defender ni que perder, quisiera que usted me dijese si podré guardarle en casa.

—¡Hum!... ¡Hum!... ¡hum!... -carraspeó el vejete rascándose furiosamente la barba- podría ser que sí y podría ser que no.

—Pero si no se ha de batir el soldado con mambises, ni con Yankees, ni con tagalos, ¿contra quién podrán enviar a mi cuarto hijo?...

—Pues verá usted... podría enviarle contra los mismos españoles. Se han dado casos. Pero en fin, puede que no pase nada y que le dejen en paz al muchacho.

Alejóse la buena mujer, no sabiendo si reir o si llorar, y tras ella se le presentó un sujeto gordo, rollizo, con sombrero de copa y gabán de pieles.

—Oiga usted -interrogó con acento de hombre preocupado-, aquí donde usted me ve, tengo más de cien mil duros de renta en idem sobre el Estado, ferrocarriles y otros papeles. Pero como corren rumores muy alarmantes, venía para saber si se pagarán los cupones durante este 1899.

— Pierda usted cuidado, casi puedo asegurarle que se pagará casi todo.

Fuése muy alborozado el del gabán y le sustituyó un pobre diablo vestido de rayadillo y que se traía una cara demacrada, amarillenta, cruzada por una enorme chirlo. Con voz que tiritaba de frío, dijo:

— Mire usted, yo soy un repatriado.

— Ya lo veo... ya lo veo...

—Tres años he permanecido en tierras de Cuba, y si aquello se ha perdido, puedo a usted jurarle que no es culpa mía.

—Lo creo... lo creo.

He tomado parte en un centenar de acciones, pasé hambre; pasé el vómito; pasé la fiebre; y ahora paso la pena negra, recibí cuatro heridas, los galones de sargento, dos cruces y varios documentos que me hacen acreedor del Gobierno por doscientos y pico de duros. ¿Le parece a usted si por todo este año que llega podré cobrar mis alcances?.

— ¡Ay, hijo mío!. -repuso sollozando el de la barba blanca- mucho me temo que no.

—Es que no tengo una peseta...

—Tampoco la tiene el Gobierno. Para usted al menos.

Marchóse muy desconsolado el héroe y se presentó ante la rejilla otro individuo de ademán resuelto, quien se disparó con ésta demanda:

—No quiera saber más que dos cosas, Primero: si me irán bien los asuntos míos propios. Segundo: si saldrá la nación favorablemente de los suyos. Nada más.

—Amigo, tenga usted en cuenta -replicó el anciano riendo- que si a usted le van bien sus cosas particulares, ha de parecerle que en todo el mundo todo marcha admirablemente. Y que si por el contrario le salen a usted mal, aunque España se convirtiera en una segunda Jauja -lo cual no sucederá- habría de parecerle a usted que todo anda de la peor manera”.

Nos parece, dicho sea de paso, que éste artículo, hasta hoy olvidado, tenía que haber figurado desde hace muchos años en las antologías, y desde luego, en los estudios específicamente dedicados a historiar la España de 1898.

Estas mismas mezquindades de la máquina oficial acabaron de excitar el afán regeneracionista que va a llenar esos años. Miguel S. Oliver, en aquel mismo artículo sobre "La literatura del desastre" de "La Vanguardia" (26-10-1907), que hemos ya citado, evocará éste "rush" hacia nuevas formas de concepción del ser de España. Veamos el importante texto:

"No hubo ciudadano en cuyo espíritu no germinara una secreta esperanza. Por un momento se vió claro. El rayo de aquella tempestad iluminó súbitamente todo el panorama de la historia de tres siglos haciendo ver cuanto hubo en ellos de desviación insensata y tan insensata como perseverante".

No estaba menos contaminada de efluvios de él la solución conservadora "regeneracionista" que comenzó a bullir, aún antes de terminarse la guerra. Sagasta, al que Carr diputa de "hombre enfermo que vivía de potingues medicinales y de balones de oxígeno", en este momento, no podía lógicamente encauzar la opinión ni promover reacción constructiva alguna. Era, pues, hartó natural que, como los espectadores de un partido de tenis, todo el mundo fuese volviendo la cabeza alternativamente hacia las figuras que se iban alzando.

Escribe Carr también, siguiendo una tradición bibliográfica uniforme, que "el primer ensayo de regeneración desde la derecha tomó la forma del "polaviejismo". La repentina popularidad del general Polavieja, afortunado en las Filipinas y de quién se sabía que era opuesto a la política cubana del Gobierno, manifiesta la persistencia en la vieja fe en la salvación depositada en el Ejército". Ha sido reiteradamente descrita y acaso exagerada la simpatía de Cataluña a Polianavieja.

No fue el catalanismo propiamente dicho sino un grupo de conservadores catalanes quien se aproximó al general. Entre él y el arquitecto Doménech y Montaner, presidente del Ateneo, se cruzaron unas cartas públicas de avenencia y bajo la presidencia de don Luis Ferrer Vidal se constituyó una Junta de Adhesiones al llamado programa del general, que siguió trabajando cuando éste pasó por Madrid.

Al llegar a la Corte, Polavieja entró en tratos con Silvela, para proyectar una reacción conservadora contra el "agonizante" Gobierno de Sagasta. El 7 de enero de 1889 reseñaría "La Vanguardia" que Silvela había pronunciado un resonante discurso en el Círculo Conservador para exponer un programa político y económico. Nacía la llamada "Unión Conservadora" y ya desde la cima pedían el poder. El 11 de febrero la Prensa inserta el que se conoció por "plan de los genera-

les". Polavieja -y a su lado Weyler- creían tener base para desmontar a los viejos políticos, mientras Silvela, inclinado de antiguo a la descentralización, podía aportar al grupo un caudal de apoyos desde las diversas regiones.

En esta problemática catalana, en la cual no podemos entrar hoy a fondo, repercutieron intensamente los ecos de la pérdida de las últimas colonias, conforme hemos estado ya antes indicando en diversos planos. De modo especial, la extinción de nuestros privilegios mercantiles en aquellos mercados dañó a las manufacturas catalanas, sobresalientes abastecedoras de las colonias. Por el puerto de Barcelona habían salido en 1895 hacia ellas remesas de géneros por valor de ciento veinticuatro millones de pesetas, de los cuales treinta y nueve correspondían a tejidos y veinticuatro a calzado.

La caída de las ventas la conocemos por estadísticas globales: en 1897 España había exportado a Cuba mercancías por valor de 252 millones de pesetas, a Puerto Rico por 33 y a Filipinas por 79, los cuales se redujeron en 1899 a 73 millones, 17 y 11, respectivamente, y ésto, contando con que el Tratado de París, había salvaguardado para España la igualdad de oportunidades comerciales en las colonias durante un plazo de diez años.

Añádase un factor anecdótico no despreciable pero tampoco resolutivo, como fue la habituación del público cubano, a diversas mercancías españolas -por ejemplo, el estilo de zapatos- y su repudio inicial respecto de modas y formas norteamericanas. No menos anecdótico es el hecho, al cual dieron indebido relieve cónsules extranjeros en sus precipitados informes, de que las tropas españolas repatriadas llegaban medio harapientas y cobraron algún dinero al desembarcar en Barcelona y se apresuraron a hacer compras en sus tiendas. En el día de hoy nadie otorgará relieve a lo que en su día llegó a considerarse como un resultado ventajoso de la pérdida de las colonias.

Merece reserva crítica la idea, más respetable y de rango más voluminoso, de que, en esta triste ocasión se repatriasen capitales españoles invertidos allí y que pasaron a serlo en la producción peninsular. Estos capitales nunca los he visto inventariados ni consta exactamente a qué se aplicaron, extremo éste de decisiva importancia en punto a estimar su eficacia reproductiva. Lo único que consta exactamente y sin duda alguna que nos trajimos de Cuba fué el féretro con los probables restos de Colón.

Marvaud en su "L'Espagne au XX^e siècle", alarga, siglo veinte adentro, las consecuencias del despojo: dice que si en 1897 los envíos de artículos de algodón a las colonias habían sumado 5414 toneladas, por valor de veinticinco millones de pesetas, en 1906 bajaron hasta 195 toneladas que no alcanzaban a valer un millón. Los fabricantes

catalanes no limitaron la producción y mantuvieron una elevada cuota de exportaciones, logrando nuevos mercados a bajo precio, a costa de mantener los precios en el mercado nacional. Aún así, el sistema no prosperó, los empresarios se desunieron, fracasaron en su demanda de socorro al Gobierno, en 1909, por valor de un millón, y esta suma de incidencias y frustraciones les indujo a sumarse a los movimientos de censura contra, a la vez, el Gobierno central y las reivindicaciones obreras. Sobre este trauma catalán tras la pérdida de las colonias, publicó un buen artículo R.J. Harrison en la "The Economic History Review" de 1974, titulado "Catalan business and the loss of Cuba, 1898-1914".

Merece mención singular como movimiento preparatorio o concordante con el regeneracionismo, La Unión Nacional, fundada por don Basilio Paraíso, figura representativa de la burguesía mercantil zaragozana, que había presidido en noviembre de 1898 la reunión de las Cámaras de Comercio de Zaragoza. Este movimiento reconstructor del país estaba muy próximo a Joaquín Costa el cual había de fundar también en Zaragoza, en febrero de 1899, la Liga Nacional de Productores.

En enero de 1900 esta Liga se refundió con la organización de las Cámaras de Comercio bajo el nombre de Unión Nacional, movimiento presidido por Paraíso, el cual publicó un manifiesto. "La Publicidad", y "El Noticiero Universal" fueron sancionados por haber publicado este mismo manifiesto en mayo de 1900. La Unión Nacional emprendió una denodada lucha contra los nuevos impuestos de Villaverde, con lo cual daba hechura doctrinal a la propia actitud de los contribuyentes barceloneses y otros en esta oposición.

Para general desgracia, la Unión Nacional carecía de flotabilidad política y la dirección de don Basilio pecaba de ingenua. A no tardar, se percibieron con justeza esos insalvables vicios de la Unión Nacional, y "La Vanguardia" los juzgó con severidad el 3 de junio de 1900 en un artículo que importa recoger en parte:

"Los sucesos que provoca o los problemas que plantea la llamada Unión Nacional -con el uso puede llegar a sonar como nombre propio lo que parecía por lo inadecuado pomposo mote- los problemas esos, repetimos, tienen todos los caracteres de un duelo a muerte con el Gabinete Silvela. Los directores de la Unión quizás se propongan algo más, quizás aspiran a constituir una especie de comité de salud pública encargado de sancionar los actos del Gobierno sea cualquiera el que se constituya, y aun de revisar los poderes a los ministros, pero tal arte se dan que no consiguen despojar sus actos de ese carácter un tanto misérrimo de pelea con el Gabinete Silvela".

BIBLIOGRAFIA

- ABAD, Luis V. de — Cartas al pueblo americano sobre Cuba y las repúblicas latino-americanas. Buenos Aires, 1897.
- ADAMS. B. — The Spanish War and the Equilibrium of the World. En "Forum", 25 1898.
- ALBERTI, Santiago — El Republicanisme català i la Restauració monàrquica. 1875-1923. Barcelona, Alberti Ed., 1973.
- ALLENDESALAZAR, José Manuel — El 98 de los americanos. Madrid, Ed. "Cuadernos para el Diálogo", 1974.
- AMADOR y CARRANDI, Ernesto — La guerra hispano-americana ante el derecho internacional. Madrid, 1900.
- APPEL, John C. — The Unionization of Florida Cigar-Makers and the Coming of the War With Spain. En "Hispanic American Historical Review", 36, 1956.
- ARTOLA, M. — La burguesía revolucionaria (1808-1869) (Historia de España dirigida por M. ARTOLA. Vol. V) Madrid, 1973.
- AUXIER, George W. — The Cuban Question as reflected in the editorial Columns of middle Western Newspapers, 1895-1898. Doctoral Dissertation, Ohio State University, 1941
- AUXIER, George W. — Middle Western Newspapers and the Spanish-American War, 1895-1898. En "Mississippi Valley Historical Review", 26, 1940.
- AUXIER, George W. — The Propaganda activities of the Cuban Junta in precipitating the Spanish-American war, 1895-1898. En "Hispanic-American Historical Review", 19, 1939.
- AZCARATE, Pablo de. — La guerra hispano-americana de 1898 (estudio de historia diplomática). En "Cuadernos de Historia de España" N^{os}. 31-32, 1960.
- IDEM. — La guerra del 98. Madrid, 1968
- BANCO DE ESPAÑA. — Una historia económica. Madrid, 1970.
- BAILEY. T.A. — Dewey and the Germans at Manila Bay. En "American Historical Review", 45, 1939.
- BARCAN, Arthur. — American Imperialism and the Spanish American War. Columbia University, 1940.
- BARNES, Arthur M. — American Intervention in Cuba and Annexation of the Philippines. An Analysis of the public Discussion. Tesis Doctoral Cornell University, 1948.
- BARR CHIDSEY, Donald — La guerra hispano-americana 1896-1898. Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1973. Colección "Dimensiones Hispánicas".
- BECKER y GONZALEZ, Jerónimo — De los derechos de las naciones y del principio de intervención. La naturalidad y la beligerancia. España y los EE.UU. Madrid, 1895.
- BELLIDO DE LUNA, Juan — La anexión de Cuba a los Estados Unidos. Nueva

- York, 1888.
- BEMIS, Samuel Flagg y GRIFFIN, Grace Gardner. — Guide to the diplomatic history of the United States, 1775-1921. Whashington, Library of Congress, 1959.
- BENOIST, Charles — Cánovas del Castillo. París, 1930.
- BERMEOSOLO, Francisco. — La opinión pública norteamericana y la guerra de los Estados Unidos contra España. En "Revista de Estudios Políticos", nº 123, 1962.
- BLAKE, N.M. — England and the U.S., 1897-1898. En D.E. Lee and G.E. McReynolds. Essays in History and International Relations in Honor.
- BONSAL, Stephen — The real Condition of Cuba Today. Nueva York, 1897.
- BROWN, Charles H. — The Correspondent's War: Journalists in the Spanish-American War. Nueva York, 1967.
- BURGUETE, Ricardo — La guerra! Cuba (Diario de un testigo). Barcelona, 1902
- BUTLER, Charles H. Our Treaty with Spain. Triumphant Diplomacy. Washington, D.C., 1898.
- CAMPBELL, A.E. Great Britain and the United States, 1895-1903. London, 1960.
- IDEM. — The Spanish-American War of 1898. En "History Today" 8 nº 4 (1958)
- CAMPBELL, Charles S., — Jr. Anglo-American Understanding, 1898-1903. Baltimore, 1957.
- CANCIO, R. — The function of Maria Christina of Austria as Regency (1885-1902) in preserving the Spanish Monarchy. Prefacio de Kurth von Schuschnigg, ex Canciller de Austria. Méjico, 1955.
- CANINI, Italo Emilio. — Four Centuries of Spanish Rule in Cuba or Why We Went to War with Spain. Chicago, 1898.
- CARAVACA, F. y A. ORTOS-RAMOS. Historia ilustrada de la revolución española (1870-1931). Segunda parte: Desde la coronación de Alfonso XIII hasta la egunda República. Barcelona, 1932.
- CASA-NOVA y St. Luis, Mauricio de. — ¡Viva España! La guerra con los EE.UU. y la insurrección cubana. La Habana, 1895.
- CASAS, Juan Bautista. — La guerra separatista de Cuba; sus causas, medios de terminarla y de evitar otras. Madrid, 1896.
- CASELLAS, Salvador E. — Causas y antecedentes diplomáticos de la guerra hispanoamericana. En "Revista de Ciencias Sociales" 4 nº 1, 1965.
- CESPEDES, José M. — La doctrina de Monroe. La Habana, 1893.
- CHADWICK, French Ensor. — Relations of the United States and Spain: The Spanish-American War. Nueva York, 1911.
- CIERVA, Ricardo de la — Historia básica de la España actual (1800-1974). Barcelona, Editorial Planeta, 1974. "Espejo de España".
- CIGES APARICIO, M. — España bajo la dinastía de los Borbones (1701-1931), Madrid, 1932.
- CHAPMAN, C.E. — A history of the Cuban Republic; a study in Hispanic American politics. Nueva York, 1927.

- CHIDSEY, Donald B. — La guerra hispano-americana 1896-1898. Barcelona, 1973
- CLARKE, Jack A. — Spanish Socialists and the Spanish-American War. Mid-American, 1958.
- COELLO y QUESADA, F. — La Conferencia de Berlín y la cuestión de Las Carolinas. Discurso en la real Sociedad Geográfica de Madrid. Madrid, 1885.
- COLETTA, Paolo de. — Bryan, McKinley and the Treaty of Paris. En "Pacific Historical Review" 26, 1957.
- IDEM. — McKinley, the Peace Negotiations, and the Acquisition of the Philippines. En "Pacific Historical Review" 30, 1961.
- CONFERENCIA de París de 1898 para la paz entre España y los Estados Unidos. Madrid, 1899
- COOLIDGE, A.C. The United States as a world power. Nueva York, 1908. Reimpreso.
- CORRESPONDENCIA diplomática de la delegación cubana en Nueva York durante la guerra de independencia de 1895 a 1898. 5 vols. La Habana, 1943-1948.
- CORTADA, J. W. — A bibliographic guide to Spanish diplomatic history, 1460-1977. Westport-Londres, 1977.
- IDEM — Two nations over time. Spain and the United States, 1776-1977. Westport-Londres, 1978.
- CORTES CAVANILLAS, J. — Ma Cristina de Austria, madre de D. Alfonso XIII. Madrid, 1944.
- COSTA, J. — Alemania contra España. Una lección a Bismarck. España duerme, pero no está muerta. Madrid, 1915.
- CREUX, C.A. Cánovas del Castillo. Sa carrière, ses oeuvres, sa fin. París, 1897.
- DECOUD, Adolfo. — La independencia de Cuba en sus relaciones con la democracia americana. Buenos Aires, 1898.
- DESJARDINS, Arthur. La guerre hispano-américaine et le droit des gens. En "Rev. deux mondes" 4 pér. CXLVII, 1898.
- DEWEY, George. — Autobiography of George Dewey, admiral of the Navy. Nueva York, 1913.
- DIAZ SOLER, Luis M. Relaciones anglo-españolas durante la guerra hispanoamericana, 1895-1898. En "Historia", 4, nº 2, 1954.
- Disposiciones de España y de los Estados Unidos referentes a la guerra y declaraciones de neutralidad. Madrid, 1898.
- Documents diplomatiques. Negociations pour la paix entre l'Espagne et les Etats Unis. París, 1898.
- DUNNING, William Archibald — Reconstruction political and economic 1865-1877 Nueva York y Londres, Harper & Brothers, 1907. The American Nation: A history, vol 22.
- EATON, Clement. A history of the southern confederacy. Nueva York, Collier 1961.
- ELLIOTT, C.B. — The Philippines to the end of the military regime. Indiana polis, 1917.

- ELLMORE, Winant S. — *Diplomatic Background of the Spanish-American War: The Cuban Question*. Doctoral dissertation, Georgetown University, 1957.
- ESTEVEZ, Herman R. — *The United States, Spain and the Maine, or the Diplomacy of Frustration*. En "Revista Interamericana" 2, 1973.
- EYRE, James K. — *Philippines, the Powers, and the Spanish-American War: A Study of Foreign Policies*. Doctoral dissertation, University of Michigan, 1940.
- EZELL, John Samuel. — *The south since 1865*. Nueva York, The Macmillan Company. Londres, Collier-Macmillan, 2a. ed. 1964.
- FABIE, A. — *Cánovas*. Madrid, 1929.
- FALCO, Francisco F. — *La democrazia italiana per Cuba*. Nueva York, 1898.
- IDEM. *La lotta di Cuba e la solidarietà italiana*. Roma, 1896.
- IDEM. *La representación de Cuba libre en Italia durante la última guerra de independencia*. La Habana, 1919.
- FERGUSON, J.H. *American Diplomacy and the Boer War*. Philadelphia, 1939.
- FERNANDEZ ALMAGRO, M. — *Cánovas su vida y su política*. Madrid, 1951.
- FERNANDEZ-RUA, J.L. 1898: *Cuba y Filipinas*. Madrid, 1954.
- FERRARA, Oreste. *The Last Spanish War: Revelations in Diplomacy*. Nueva York 1937.
- IDEM. — *Tentativas de intervención europea en América, 1896-1898*. La Habana, 1933.
- FIGUERAS, Francisco — *Cuba libre. Anexión o independencia*. Nueva York, 1898.
- FINDLAY, J.V. *Some of the International Aspects of the Cuban Question*. Baltimore, 1898.
- FLACK, Horace Edgar. *Spanish-American Diplomatic Relations preceding the War of 1898*. Baltimore, Johns Hopkins Univ., 1906.
- FONER, Philips S. — *The Spanish-Cuban-American War and the birth of American Imperialism, 1895-1902*. 2 vols. Nueva York, 1972.
- IDEM. — *La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*. Madrid, 1975. 2. vols.
- IDEM — *Why the U.S. went to War with Spain in 1898*. En "Science and Society" 32, 1968
- FONTANA, Josep — *Cambio económico y actitudes políticas en la España del s. XIX*.
- FRANCIA. Ministère de Affaires Etrangères. *Documents diplomatiques. Négociations pour la paix entre l'Espagne et les Etats Unis*. 1898. París, 1898.
- FRANCOS RODRIGUEZ, José. *Cuando el Rey era niño*. Madrid, 1895.
- FREIDEL, Frank. *The Splendid little War*, Boston, 1958.
- FUENTE Y MONDEJAR, S. *El 98 de los que fueron a la guerra*, Madrid, 1952
- GARCIA DE LEON Y PIZARRO, J. — *Memorias*, Madrid, 1897.
- GIL MUNILLA, O. — *Cuba, problema español, 1891-1898*. En "Anuario de Estudios Americanos", IX, 1952.
- GILMORE, N. Ray — *México and the Spanish-American War*. En "Hispanic American

- Historical Review" 43, 1963.
- GOMEZ, J. Guadalberto — Las islas Carlinas y las Marianas. Madrid, 1855.
- GOMEZ NUÑEZ, Severo. — La guerra hispano-americana, Santiago de Cuba. Madrid 1901.
- IDEM. — La guerra hispano-americana. Puerto Rico y Filipinas. Madrid, 1902
- GONZALEZ BENARD, J.M. — Proceso histórico del Tratado de París de 10 de Diciembre de 1898, con algunas ideas de derecho internacional público. Valencia, 1903.
- GRACIA PAREJO, R. de — Consideraciones acerca del derecho de España sobre las islas Carolinas. Madrid, 1855.
- GREENE, T.P. American Imperialism in 1898. Nueva York, 1955.
- GUBERN, Román. La guerra hispano-yanqui y los orígenes del cine político. En "Historia y vida" 2nº 25, 1970
- GUERRA Y SANCHEZ, Ramiro — En el camino de la independencia; estudio histórico sobre la rivalidad de los Estados Unidos y la Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba, con un apéndice titulado de Monroe a Platt. La Habana, 1930.
- GUGGENHEIM — The United States and Cuba. Nueva York, 1934.
- GUITERAS, John. The United States and Cuba. Filadelfia, 1895.
- HACKER, L.M. The Holy War of 1898. En "Atlantic Monthly" 21, 1930.
- HARDING, L.A. — The preliminary Diplomacy of the Spanish-American War. Indianapolis, 1912.
- HEALY, David — The United States in Cuba, 1895-1902. Madison, Wisconsin. 1963.
- HENDERSON, John Brooks. — American Diplomatic Question. Nueva York, 1901.
- HENGELMULLER, — Die diplomatische Vorgeschichte des Krieges der Vereinigten Staten gegen Spanien. En "Deutsche Revue" 41, 1916.
- HERNANDEZ SANDOICA, Elena. — La expansión imperialista y su repercusión n las doctrinas de derechos internacional, 1890-1905. Doctoral dissertation, University of Madrid, 1976.
- IZQUIERDO HERNANDEZ, M. — Historia clínica de la Restauración. Prólogo de Don Gregorio Marañón. Madrid, 1946.
- JIMENEZ DE LA ROMERA, Waldo — Cuba no se vende. Madrid, 1870.
- JURETSCHKE, Hans. — La generación de 1898. Ensayo de una determinación de su esencia. Prólogo de Gonzalo Fernández de la Mora. Madrid, Editora Nacional, 1954.
- KELLER, Allan. The Spanish-American War: A compact History. Nueva York, 1969.
- KINGSLEY, V.W. — Spain, Cuba, and the United States; recognition and the Monroe Doctrine, by Americans. Nueva York, 1870.
- LABRA, Rafael m. de. — Estudios de derecho público. Aspecto internacional de la cuestión de Cuba. Madrid, 1900.
- IDEM. — El tratado de París de 1898. Madrid, 1899.

- LAFEBER, W. — A Note on the "Mercantilistic Imperialism" of Alfred Thayer Mahan. En "Mississippi Valley Historical Association Proceedings. 48, 1962.
- LAIN ENTRALGO, P. La generación del 98. Madrid, 1945.
- LATANE, J.H. — America as a world power, 1897-1907. Nueva York y Londres, 1907.
- LATANE, J.H. — The diplomacy of the United States in regard to Cuba. Am. Hist. Assoo. ann. rep. 1897-1898.
- LEBRAND, Elie. — La guerre hispano-américaine et le droit des gens. Paris, 1904.
- LEECH, Margaret. — In the Days of McKinley. Nueva York, 1959.
- LEFUR, Louis. — Etude sur la Guerre Hispano-Américaine de 1898, envisagée au point de vue du droit international public. Paris, 1899.
- LEMA, Marqués de — Cánovas o el hombre de Estado. Madrid, 1931.
- IDEM. — De la Revolución a la Restauración. Madrid, 1927.
- IDEM. — Mis recuerdos (1880-1901). Madrid, 1930.
- LEON Y CASTILLO, F. de. — Mis tiempos. Madrid, 1921.
- LEON GUTIERREZ, Florencio — España y los Estados Unidos (Cuestión de actualidad). Conferencia. Sevilla, 1898.
- IDEM. — La resurrección cubana. Madrid, 1895.
- LEUCHTENBURG, W.E. — The Needless War with Spain. En "American Heritage" 8, Febrero, 1957.
- LEWIS, Tom Tandy. — Franco-American Relations, 1898-1907. Doctoral dissertation, University of Oklahoma, 1970.
- LINDERMAN, Gerald Floyd. — American Society and the Spanish War. Doctoral dissertation, Northwestern University, 1971.
- IDEM. — The Mirror of War: American Society and the Spanish-American War. Ann Arbor, 1975.
- LLANOS, Adolfo. — La guerra con los EE.UU. La Habana, 1897.
- LLUHI Y TAULINA, Jaime. — El conflicto de España con los EE.UU. y única solución digna para España. Madrid, 1896.
- LOW, A.M. — Unwritten Chapter in American Diplomacy: War with Spain. En "Contemporary Review" 78, 1900.
- LUNDBERG, F. — Imperial Herarst. Nueva York, 1936.
- MAHAN, A.T. — The interest of America in sea power. Boston, 1897.
- IDEM. — Lessons of the War with Spain. Bosto 1899.
- MARTINEZ ALCUBILLA. — Sagasta, su pasado, su presente, su porvenir. Apuntes para la historia. Madrid, 1882.
- MARTINEZ CAMPOS Y SERRADO, C. Duque de la Torre — Ayer (1892-1931). Madrid, 1946.
- MCDONOUGH, John. — Background of the Spanish American War, 1895-1898. MASTERSTHESIS, Georgetown University.
- MCKINLEY, William. — Speeches and Addresses of William McKinley, from March 1, 1897 to May 30, 1900 Nueva York, 1900.
- MCMINN, John H. — The Attitude of the English Press toward the United States during the Spanish-American War.

- MAURA GAMAZO, G. — Historia crítica del Reinado de Don Alfonso XII durante su minoridad bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria. Barcelona, 1919-1925. 2 vols.
- MAY, Ernest R. — Imperial Democracy: The Emergence of the United States as a Great Power. Nueva York, 1961.
- MEDEN, J.A. — The Spanish-American War and Its Results. La Habana, 1921
- MERIGNAC, A. — La Paix Hispano-Americaine. París, 1899.
- MINISTRO DE ESTADO. — Disposiciones de España y de los Estados Unidos referentes a la guerra y declaraciones de neutralidad. Madrid, 1898.
- IDEM. — Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898. 2 vols. Madrid, 1898-1899.
- IDEM. — Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de estado. Madrid, 1898.
- IDEM — Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de estado. 1899.
- MIRO QUESADA, Antonio. — La intervención americana en Cuba. Lima, 1898
- MONNER SANS, R. — España y Norteamérica: La guerra actual, antecedentes y consideraciones. Buenos Aires, 1898.
- MONTERO RIOS, E. — El tratado de París. Madrid, 1904.
- MORET Y PRENDERGAST, Segismundo. — La insurrección Cubana ante los EE.UU. y la insurrección Cubana ante la metrópoli. En "La España Moderna" Junio 1895; Julio 1895.
- MORGAN, H. Wayne. — America's Road to Empire: The War with Spain and Overseas Empire. Nueva York, 1965.
- IDEM — William McKinley and His America. Siracusa, Nueva York, 1963.
- MURPHY, James Thomas. A History of American Diplomacy at the Paris Peace Conference of 1898 Tesis Doctoral. American University, 1965.
- NEALE, R.G. — British-American Relations during the Spanish-American War: Some Problems. En "Historical Studies' Australia and New Zealand" 6 Noviembre, 1953.
- NEWTON, Irene E. — The Treaty of Paris of 1898. Tesis doctoral, University of California, Berkeley, 1927.
- Negociaciones diplomáticas desde el principio de la guerra con los EE.UU. hasta la firma del protocolo de Washington y gestiones practicadas para su cumplimiento, Madrid, 1898.
- NICHOLAS, Lawrence R. — Domestic History of Cuba during the War of Insurrections, 1895-1898. Tesis de Master Duke, University, 1951
- NIMAL, H de — Les Etats Unis, Cuba et le droit des gens. Charleroi, 1896.
- Notables documentos que pueden servir para la historia de la guerra provocada por los Estados Unidos contra España en 1898. Panamá, 1899.
- Noticia de los agentes secretos del gobierno español en los Estados Unidos de Norte-América. 1871. Cuban official Documents.
- NUÑEZ Y DOMINGUEZ, José de — Martí en México. Mejico D.F. 1934.

- O'CONNOR, Nancy Lenore. — The Spanish-American War; A Reevaluation of Its Causes. En "Science and Society" 22, primavera, 1958.
- OFFNER, John Layser. — President McKinley and the Origins of the Spanish-American War. Tesis Doctoral, Pennsylvania State University, 1957.
- OLDER, C.M. — William Randolph Hearst. Nueva York, 1936.
- OLIVART, Maruques de — Del reconocimiento de beligerancia y sus efectos inmediatos. Madrid, 1895.
- ORTEGA Y RUBIO, J. — Historia de la regencia de María Cristina de Habsburgo Lorena. Madrid, 1905-1906. 5 vols.
- O'NEIL, John J. — Las fuerzs navales de España y los Estados Unidos durante el conflicto de 1898. En "Revista de la Universidad de Madrid" 16, 1967.
- PABON Y SUAREZ DE URBINA, Jesús. — El 98: acontecimiento internacional. Madrid, 1952.
- PEREZ RIOJA, Antonio — Los Yankees en Cuba. La Habana, 1897.
- PERIER, C. — Mediación del Papa León XIII entre España y Alemania sobre las Islas Carolinas y Palaos. En "Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, t. IV.
- Poder naval de los Estados Unidos en 1898. Según datos existentes en el depósito de la guerra. Madrid, 1898.
- PORTELL VILA, H. — Historia de la guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España. La Habana, 1949.
- QUINT, H.H. — American Socialists and the Spanish War. En "American Quaterly" 10, 1958.
- REA, George Bronson. — Facts and Fakes about Cuba. Nueva York, 1897.
- REID, Whitelaw. — Making Peace with Spain: The Diary of Whitelaw Reid. Ed. por H. Wayne Morgan. Austin, 1965.
- Report to the Spanish Legation with Reference to the legal Aspect of Hostilities committed by Vessels specially adapted in whole or in part within the Unites States to warlike uses against the Spanish Dominion in Cuba during the present Insurrection. 2 vols. Washington, 1896-1897.
- REUTER, Bertha A. Anglo-American Relations during the Spanish-American War. Doctoral dissertation, University of Iowa, 1923.
- IDEM. — Anglo-American Relations during the Spanish-American War. Nueva York 1924.
- RIPPY, J.F. — The European Powers and the Spanish-American War. "James Sprunt Historical Studies". 19, 1927.
- ROBERT, Isabel G. de — Los Clubs cubanos en México en 1894. Reseña Histórica. México, D.F., 1895.
- ROBERTSON, J.A. — Bibliography of the Philippine Islands. Cleveland, 1908.
- ROBINSON, Albert G. — Cuba and the Intervention. Nueva York, 1905.
- RODRIGUEZ, J.I. — Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América. La Habana, 1900.

- RODRIGUEZ LENDIAN, E. — El Congreso de Panamá y la independencia de Cuba En "Revista de la Facultad de Letras y Ciencias" 12, 1911.
- ROIG, Emilio. — Cuba no debe su independencia a los EE.UU. La Habana, 1950.
- ROMANONES, Conde de — Doña Ma Cristina de Habsburgo-Lorena. Madrid, 1944.
- IDEM. — Sagasta. Madrid, 1930.
- ROMANONES, Conde de — Sagasta o el político. Madrid, Espasa Calpe, 1934.
- ROUTIER, G. — L'Espagne en 1897. París, 1897.
- RUZ, Alberto. — La Question Cubaine. París, 1897.
- SAN MIGUEL, Luis G. — De la sociedad aristocrática a la sociedad industrial en la España del siglo XIX. Madrid, Edicusa, 1973.
- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás. — A propósito de Cuba en 1897. Una especulación con la rivalidad internacional. "Cuadernos de Historia de España" 41-42, 1965.
- SANGUILY, Manuel. — La revolución de Cuba y las Repúblicas americanas. Nueva York, 1896.
- SANTOS, J.N. — España. Cuba. Estados Unidos. Reformas que se imponen. Madrid, 1897.
- SANTOVENIA, Emeterio S. — Como contribuyeron los Estados Unidos de América a la independencia de Cuba. En "Revista Bimestre Cubana" 21, 1926.
- SASTRON, Manuel. — La insurrección en Filipinas y la guerra hispano-americana en el Archipiélago. Madrid, 1901.
- SAVINE, Albert. — La Question Cubaine et les intérêts français. Montdidier, 1897.
- SCHELLINGS, William J. — The Role of Florida in the Spanish-American War, 1898. Tesis Doctoral, University of Florida, 1958.
- SCHURZ, Carl. — American imperialism. Chicabo, 1899.
- SEARS, Louis Martin. — French Opinion of the Spanish-American War. En "Hispanic American Historical Review" 7, 1927.
- SHIPEE, Lester Burrell. — Germany and the Spanish-American War. En "Historical Review" 30, 1924-1925.
- SLEZKIN, L.I. — Hispano-Amerikanskaia Voina 1898 Goda. Moscow, 1956.
- SOTO, Juan B. — Causas y consecuencias. Antecedentes diplomáticos y efectos e la guerra hispanoamericana. San Juan, 1922.
- Spanish Diplomatic Correspondence and Documents, 1896-1900: Presented to the Cortes by the Minister of State. Translation. Washington, D.C., 1905.
- Spanish Treaty Claims Comission. Final Report, May 2, 1910. Washington, D.C., 1910.
- STOREY, Moorfield y Marcial P. LICHAUCO. — The conquest of the Philippines by the United States Unites 1898-1925. Nueva York y Londres, 1926.
- TAPIA, Francisco. — Historiadores sobre España. Madrid, 1973.
- TERRIL, Tom E. — An Economic Aspect of the Spanish American War. En "Ohio History" 76, 1967.
- THOMAS, Hugh. — Cuba. Barcelona, 1973.

- THOMSON, Woodruff. C. — *The Spanish-American War in American Literature*. Doctoral dissertation, University of Utah, 1962.
- TRELLES, C.M' (y Govin). — *Bibliografía de la segunda guerra de independencia cubana y de la hispano-yankee*. La Habana, 1902.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (Dirigida por) - *Sociedad, Política y Cultura en la España de los siglos XIX y XX*. Madrid, 1973.
- United States. Congress, Senate. *Report of the Comittes on Foreign Relations, United States Senate, Relative to Affairs in Cuba, April 13, 1898, 55 th. Congress, 2nd. Session, Senate Report, 885*. Washington, D.C. 1898.
- United States. Congress. Senate. *A Treaty of Peace between the United States and Spain, signed at the Cicy of Paris on December 10, 1898. 55 th. Congress, 3 rd. Session, Senate Document, 62*. Washington, D. C. 1899.
- United States. Department of War. *Correspondence relating to the War with Spain. 2 vols*. Washington, D.C., 1902.
- VAGTS, A. — *Deutschland und die Vereinigten Staaten in der Weltpolitik, 1890-1906*. 2 vols. Nueva York, 1935.
- VALERA Y ALCALA GALIANO, Juan. — *Los Estados Unidos contra España*. Madrid, 1896.
- IDEM. — *Estudios críticos sobre historia y política, 1892-1898*. Madrid, 1914.
- IDEM. — *Dos tremendas acusaciones contra España del angloamericano Draper*. En "La España Moderna", Febrero 1896.
- VALLECANO, Conde de — *Antonio Cánovas del Castillo*. Madrid, 1946.
- VARONA, Enrique José. *La política cubana de los EE.UU.* Nueva York, 1897
- VARONA GUERRERO, M. — *La guerra de la independencia de Cuba, 1895-1898* 3 vols. La Habana, 1946.
- VAZQUEZ DE PRADA, Valentín. — *História Económica y social de España*, Madrid, Fondo para la Investigación económica y social.
- VERERA, R. — *En defensa de España. Cuestión de Cuba y Venezuela*. Guatemala, 1896.
- VERGARA, Pedro. — *The Attitude of the United States towards Cuban Independence, 1895-1902*. Masters thesis, University of California, 1934.
- VILLANUEVA, Honesto A. — *Diplomacy of the Spanish-American War*. En "Philippine Social Science and Humanities Review" 14, 1949.
- IDEM. — *The Diplomacy of the Spanish American War*. Doctoral dissertation, University of California. Los Angeles, 1941.
- VLADIMIROV, L.S. — *Diplomatia Sh. Ameriki y Period Amerikanaispanskoi Voiny 1898 Goda*. Moscow, 1957.
- VOLTES, Pedro. — *Historia de la economía española en los siglos XIX y XX*. Madrid, Editoria Nacional, 1974.
- IDEM - *La política de fin de siglo en la Prensa barcelonesa de la época*. Barcelona, Instituto Municipal de Historia, 1978.
- WATTERSON, Henry. — *History of the Spanish-American War, embracing a complete Review of our Relations with Spain*. Nueva York, 1898.

- WEHLER, Hans-Ulrich. — Cuba libre und americanische Interventia. Der kubanische Aufstand seit dem Februar 1895 und drei Phasen der americanischen Kibapolitik bis zum September 1897. En Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gessellschaft Lateinamerika" 5, 1968.
- WEIGLER, Richard D. — The Sugar interest and American Diplomacy in Hawaii and Cuba, 1893-1903. Doctoral dissertation, Yale University, 1939.
- WHITEHEAD, James L. — French Reaction to American Imperialism, 1895-1908. Doctoral dissertation, Pennsylvania University, 1942.
- WILKERSON, Marcus M. — Public Opinion and the Spanish-American War. Baton Rouge, 1932.
- WILLIS, H.P. — Reciprocity with Cuba. Am. Acad. pol. and soc. sci. ann., 1903.
- WINKLER, J.K.; W.R. HEARST. — An american phenomenon. Nueva York, 1928.
- WISAN, Joseph E. — The Cuban Crisis as reflected in the New York Press, 1895-1898. Nueva York, 1934.
- WORCESTER, D.C. — The Philippines, past and present. Nueva York, 1914.
- YOUNGER, E. John A KASSON. — Politics and Diplomacy from Lincoln to McKinley. Iowa City, 1955.
- YUTAKA, Kondo. — La adquisición de las islas Filipinas por los EE.UU. en la guerra hispano-americana de 1898. En "Revista de la Universidad de Madrid", 9, 1960.
- ZABALA y LERA, P. — Historia de España. Edad Contemporánea (1808-1923) T. II Madrid, 1930.